

*Toponimia, leyenda y mito:  
la reconstrucción literaria oral de un paisaje.*

*“Pero si Dios es las flores y los árboles  
y los montes y el sol y la luz de la luna,  
entonces creo en él,  
entonces creo en él a todas horas,  
y toda mi vida es una oración y una misa  
y una comunión con los ojos y por los oídos”*  
(Fernando Pessoa)

Publicado en  
*Etnografía y folklore asturiano:  
conferencias 2011-2012 (pp. 81-135).*  
Edita Real Instituto de Estudios Asturianos.  
RIDEA. Principado de Asturias. Oviedo.  
por Xulio Concepción Suárez .

*Los relatos del espacio asturiano: la creación oral sobre el paisaje*

El lenguaje toponímico asturiano conserva otro aspecto interesante para el conocimiento de esa antigua relación entre los pobladores y el medio geográfico en el que han de sobrevivir: el estudio del territorio, que tanto se cita ahora. Una serie de leyendas, mitos, creencias religiosas, nos informan también a cerca de cómo sentían los componentes de su entorno aquellos hombres y mujeres que se habían de enfrentar a los rigores de sus valles o montañas en cada estación del año. A juzgar por tantos topónimos con una arraigada creatividad oral, se diría que a lo largo del año los pobladores de un lugar sentían y apreciaban cada componente del entorno que les ofrecía garantías de vivir con cierta seguridad un día tras otro.

El resultado es todo ese paisaje verbal, asturiano y más allá de estas montañas, en el que da la impresión de que aquellos elementos más imprescindibles para la existencia diaria, estaban muy presentes en la comunicación usual de varios milenios o siglos atrás. Con cada uno de esos elementos naturales, los distintos pueblos fueron elaborando una más o menos larga voz oral, a base de sentimientos y experiencias personales o colectivas. La tierra, el agua, las rocas de las alturas, los minerales, los animales, las plantas..., daban de comer o protegían, por lo que se apreciaban en determinados aspectos hasta convertirlos en leyenda, mitificarlos poco a poco, y rendirles culto finalmente, ofrecidos a santos y santas, dioses o diosas, a medias entre el suelo y el cielo.

En consecuencia, se iría creando con el tiempo una larga antología oral de pequeñas leyendas con muy diversos temas, la mayoría con el topónimo correspondiente: *cuevas, árboles centenarios, pozos de agua, ayalgas y tesoros escondidos, castillos encantados, cruces en los altos, piedras mágicas, fuentes milagrosas, cuélebres...* Y muchos otros temas más personalizados: *el hombre-lobo, las xanas, las muyeres en las brañas, vírgenes que se aparecen en forma de imágenes, diablos transformados en castrones...* Algunos van pasando a los textos escritos, fruto de crecientes investigaciones por parte de diversos autores.

*En el comienzo de muchas leyendas sólo está el entorno más inmediato: la creación literaria se formaría después*

Leyenda y mito parecen seguir, por tanto, un orden puramente natural en sus comienzos, transformado al rito, al sentimiento religioso y al culto después. Sería el caso de la creencia antigua en tantas rocas respetadas, simplemente, porque atraen rayos en las tormentas; o de tantas aguas medicinales porque curan; o de las *chalgas* y *ayalgas*, con supuestos tesoros escondidos, porque crean ilusión de futuro; o de las *xanas* que animaban manantiales cristalinos; o de los bueyes que dirimían por las buenas conflictos entre pastos limítrofes. Y otros muchos ejemplos de la creatividad literaria oral: castillos misteriosos, *homes* y *muyeres* que animaban con hazañas supuestas las noches más largas en torno al fuego de lares y cabañas, siempre más o menos corregidas y aumentadas de generación en generación.

Abunda especialmente toda esa toponimia de referencias religiosas, traducida a tantos santuarios después, en buena parte con una referencia a elementos naturales en su origen: Nuestra Señora del Acebu, La Virgen del Carbayu, La Virgen de Alba..., que veremos más abajo. El resultado fue toda esa larga antología oral en la memoria de nuestros mayores por los pueblos, donde para cada pequeño santuario, con una fe ciega en la patrona o en el patrón festivo, hay una explicación local: aparición milagrosa de una imagen de la Virgen o del Santu; emplazamiento de la ermita por alguna revelación o fuerza sobrenatural aparecida un día de tormenta; casos de curación de enfermedades atribuidas al Santu o Santa. Tal vez, ese milagro diario, imprescindible antes y ahora, de la fe que, como es sabido, mueve montañas.

*En cuanto a fechas y procesos de la creación oral, desde que se prendió el fuego del hogar*

Otra cosa sería precisar cuándo y por qué se originó cada pequeña leyenda del santoral. Algunas han de tener resonancias ya prerromanas: se dice que con el descubrimiento del fuego se inició la literatura oral, el cuento en torno a la lumbre del hogar. Otras, como las referidas a los productos del suelo y a las cosechas, se irían transformando desde la mitología oriental o clásica, para adaptarse a nuestra cultura occidental. En todo caso, se diría que hay una remota *continuidad ininterrumpida entre lo natural, lo ritual y lo cultural*: desde simples reuniones populares o familiares ocasionales, las creencias se irían asentando hasta convertirse en actos rituales, celebraciones culturales y litúrgicas cada año. Hasta llegar a personificarse en los lugares de culto, finalmente: capillas, ermitas, iglesias parroquiales, catedrales.

Muchos siglos, sin duda por el medio de boca en boca, y de un hogar a otro, pasarían en cada pequeña trama oral legendaria, hasta asentarse paralelamente en forma de topónimos, con intensidad creciente desde tiempo inmemorial. Como dice Néstor Hernández en su estudio etnográfico sobre La Calzada del Coto (León), la mayoría de la acuñación de topónimos tiene lugar en los comienzos de la Baja Edad Media, en un proceso de intensificación continua de nombres, que fija definitivamente el Catastro del Marqués de la Ensenada. Pero la creación del lenguaje toponímico se remonta a veinte mil, treinta mil años atrás.

*Del cultivo de las tierras, al culto popular por los imprescindibles productos del suelo: de la agricultura, a los demás cultos que se fueron asentando después*

Es evidente que la voz *culto*, *cultura* sólo significa ‘cultivo, cuidado especial’. La misma palabra asturiana *cucho* tiene el mismo origen: el abono de las tierras. Así se fueron llenando de topónimos los contornos de los pueblos que fueron tierras sembradas, aunque hoy muchos de ellos sobrevivan ocultos bajo las zarzas. Podríamos completar la precisión de Néstor Hernández diciendo que, efectivamente, después del s. XVI la mayoría de los nombres del terreno estaban puestos, pues cuando van llegando los productos de América (maíz, patata, tabaco, tomates...), ya casi no dan lugar a topónimos: ellos mismos se van sembrando en suelos que ya tenían nombres de otros productos locales. Sólo ocasionalmente aparecen algunos topónimos específicos del tipo: *La Campa'l Maíz*, *El Pataqueiru*..., tal vez por haber sido roturados específicamente para ellos.

Se diría que, con la importancia de las técnicas agrícolas traídas por los monasterios medievales (siglos X en adelante), los campesinos, los colonos, los arrendatarios de las tierras monacales, eclesiásticas, señoriales..., habrían de empezar a valorar en extremo los productos de las tierras trabajadas, pues era de lo que habían de comer. Y lo harían con un sentimiento especial, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de las cosechas de sus manos iban a traducirse en diezmos, primicias, rentas para los arrendadores. Lo poco que les quedaba para tantas bocas a la mesa familiar habrían de valorarlo el doble.

*Tal vez con un mismo origen remoto: el culto a la Tierra Madre*

De la primavera al otoño, de la época de floración a la cosecha, se irían celebrando fiestas populares, como simple reunión para disfrutar de la bonanza agrícola, esperando que el próximo año volviera a repetirse. En el entorno religioso de la época, lo más propio era que esas reuniones espontáneas se fueran convirtiendo en actos más organizados, apoyados por los propios monjes, los nobles o el clero, hasta darles unas fechas fijas anuales, con fiestas y romerías incluidas. Finalmente, se cristianizarían esos eventos con las plegarias y las ofrendas a una santa o a un santo, a modo de patrona o patrono protector, en un altar o santuario, con capilla, ermita, iglesia, después.

Así se explicarían tantas fiestas con nombres de frutales o cosechas, con una imagen cristiana, y con su leyenda de aparición detrás. Así se llegaría a la ermita actual, tantas veces transformada y enriquecida con las donaciones de los devotos, siempre en forma de los productos a los que hace referencia la Virgen, la Madre (raíz, por cierto, considerada ya raíz indoeuropea, \*M-T-R), tal vez una adaptación del culto a la Tierra Madre, con tantas versiones en todas las culturas rurales por cualquier continente.

*La creatividad legendaria traducida a topónimos*

Por esto, no podían faltar en toponimia nombres que recuerden esa actividad pasada de un poblado, siempre en busca de mejores condiciones de vida, creencias ilusionadas, leyendas heroicas de antepasados, supuestos reyes de paso, demonios, *xanas*... Era otra forma de la creatividad literaria, que ya se remonta al mismo origen del fuego en el hogar, según los estudiosos del homo antecesor en Atapuerca, Arsuaga y compañía.

De todas esas consecuentes interpretaciones populares quedaron muchos nombres de lugar, algunos con una base real. Otros, sólo fantasía, esperanzas infantiles, historias para explicar a su modo un nombre de un paisaje, y educar al tiempo a la generación de turno. En

todo caso, una rica creatividad popular transmitida de *güelos* a nietos y de siglo en siglo (no había tele, ni móvil, ni ordenata, claro). Los cuentos, las leyendas, con sus versiones específicas de cada pueblo, pero casi siempre con una misma estructura en la trama literaria.

Ciertamente, en la lectura del paisaje toponímico asturiano descubrimos una larga historia de explicaciones locales sobre el territorio habitado, a medias entre la vida real, la preocupación educativa, el sentimiento religioso, la creación literaria, y el sano deseo de progreso frente a una siempre más o menos dura realidad circundante. Al caminar por cualquier paisaje (o al leer un mapa con nombres lugareños), vamos encontrando una serie de topónimos legendarios, con unas cuantas páginas orales en la memoria del poblado vecino, a poco que conversemos con los lugareños. Vamos leyendo su territorio concreto traducido a palabras del suelo. Sirvan unos cuantos ejemplos.

1. *Alimentos, árboles, frutos... L' Acebu, L' Arcenoriu, El Llagu Ercina...*

La necesidad diaria de buscar alimento debió ser bastante más prioritaria que es, a pesar de las apariencias en los países donde sobran, y hasta se desperdician frutos diversos: como es necesidad urgente hoy la búsqueda del alimento y agua en algunos países más castigados por las sequías, los desbordamientos de los ríos, la pobreza... Y por otras razones. Localizar alimento diario, en cada época del año, pudo dar lugar a topónimos como *Lugo Llanera, L' Arcenoriu, El Llagu Ercina, Alceo, Soto Ribera, La Sota, Nembra, Culiembro...* Y tantos otros.

Muchas leyendas se irían tejiendo al mor del fuego, en las noches más largas invernales, en unos tiempos tan lejos todavía de las comunicaciones recientes más tecnificadas. Rebuscando en la memoria de muchos mayores de los pueblos, escuchamos gratamente otras tantas versiones locales para cada festividad anual celebrada con sana devoción hasta estos mismos días. Comprobamos, por ejemplo, y para empezar, que muchas santas llevan nombres de frutos y arbolados: La Virgen de la Flor (Lena, Grao), La Virgen del Acebu (Cangas de Narcea), San Roque l' Acebal (Llanes). O Nuestra Señora del Avellano, en Pola de Allande; La Virgen del Fresnu (Grao), La Virgen del Carbayu (Langreo)...

Es el caso también de otras festividades como Nuestra Señora del *Espino*, en diversas regiones peninsulares: el culto al *espino* en tantas culturas. En definitiva, todo hace pensar en una necesaria santificación de los frutos, como tal vez recuerde el mismo nombre de *San Frechoso* (San *Fructuso*, en realidad), del latín FRUCTUM, el culto a los productos más imprescindibles del año por temporadas. Así se irían levantando capillas poco a poco, *mercaos* y fiestas, algunas muy conservadas por su aislamiento (hay que llegar a pie), como Santa María del *Arcenoriu*, en los altos de Ponga (tal vez, de las encinas, sin más, *ardinas* para algunos), con festividad anual a comienzos de setiembre, y con *mercáu* incluido.

*Una larga antología de leyendas religiosas bajo las festividades marianas en cualquier región*

Muchas otras festividades marianas en diversas regiones, cada una con su pequeña creación oral para la imagen de la Virgen. Hay Virgen de las *Avellanas*, en Lérica; Virgen

del *Manzano*, en Burgos; Virgen de la *Higuera*, en Toledo; Virgen del *Espino*, en Soria; Virgen del *Castaño*, y Virgen del *Almendro*, en Huelva; Virgen del *Peral*, en Guadalajara; Virgen de la *Encina*, en Salamanca y en El Bierzo; Virgen de la *Oliva*, en Cádiz; Virgen de la *Naranja*, en Castellón; Virgen del *Roble*, en Madrid; Nuestra Señora de la *Zarza*, y Virgen del *Moral*, en Teruel. La Virgen del *Brezo*, en Palencia. Nuestra Señora de la *Ortiga*, en Portugal. Virgen de la *Bellota*, en Jaén. Nuestra Señora del *Arándano*, en Eibar. La Virgen del *Saúco*, en Palencia. La Virgen del *Prado*, en Ciudad Real. La Virgen del *Sauce*, en Tolosa. Virgen del *Cerezo*, en Bolivia; Virgen del *Maíz*, en Colombia. La Virgen del *Tilo*, en Argentina. Nuestra Señora de la *Haya*, en Zaragoza. O la Virgen de los *Nogales*, en La Rioja, donde queda el poema:

*“La Virgen de los Nogales,  
la perla de Villanueva,  
está en un hermoso campo  
a la orilla del Iregua.  
La Virgen de los Nogales,  
que este nombre se le llama,  
es el nombre más hermoso  
de la sierra camerana.  
Para que este nombre conserve,  
nombre tan bien adecuado,  
plantemos muchos nogales  
que acompañen al del Macho.  
Viva la Virgen de los Nogales.  
La Virgen de los Nogales,  
ni es comprada ni es vendida,  
que es bajada de los cielos  
en un nogal aparecida”.*

Cada Virgen tiene su leyenda de aparición en torno a la capilla, pero el origen remoto casi siempre coincide en la palabra común: la importancia del *nogal*, *del acebo*, *del fresno*, *del carbayu...*, en la vida diaria de los nativos. Y en el origen de todo puede estar el mito más común del bosque, superviviente en el más conocido *Busgosu*: el señor, el dueño, el dios del bosque. Ya la palabra misma es antigua, aunque dudosa: tal vez, germánico BOSK, luego en griego *boscós* (monte de árboles). En nuestro caso, es obligada la relación con *Lugo* (bosque sagrado, como se verá).

*Vivir al cobijo del boscaje, en contraste con los incendios programados de hoy*

En conversación con los lugareños de los pueblos, la justificación de las leyendas resulta simplemente natural. La importancia del bosque era imprescindible tan sólo cincuenta, cien años atrás; no digamos ya varios siglos, varios milenios, en unos contextos ecológicos en dependencia exclusiva del medio natural. El culto y el respeto al bosque fue por ello sagrado entre los habitantes de cualquier montaña, pues proporcionaba casi de todo: cobijo en las tormentas; sombra en el verano; leña para el fuego en invierno; frutos de temporada; plantas curativas; frutos secos todo el año; protección ante las emboscadas enemigas; utensilios para el trabajo; caza diaria en cualquier época, con mejor o peor tiempo...

En fin, el bosque, el arbolado en sus diversas especies, era un lugar ciertamente sagrado hasta no hace muchas décadas, cuando había que vivir exclusivamente mirando a un tiempo al suelo y al cielo. Un lugar divinizado, por ello. Contrasta tristemente esta adoración del bosque con el desprecio que suponen los incendios actuales: un verdadero delito vegetal, humano, social, espiritual, en definitiva. La muerte, programada tantas veces, de todo aquello que produce vida, muchas vidas, de plantas, animales y hasta de personas incluidas.

### *El ejemplo, la cultura de los acebos quirosanos*

Había, en consecuencia, toda una cultura de los árboles: preñar, no depredar; saber cortar; saber usar, y saber dejar para el próximo año, para que los árboles mejoraran con la poda y la limpieza. Sirva el ejemplo de los *acebos*, por citar un caso llegado a nuestros días con tan arraigadas tradiciones, leyendas, fiestas, rezos, ofrendas, romerías, limosnas..., entre los vaqueiros del occidente asturiano. Los acebos (*Ilex aquifolium*) eran la base de alimentación diaria, aunque indirecta, en la tradición vaquera. Lo saben bien los quirosanos que nos lo cuentan hoy: hasta los años setenta, los acebales de Güeria, La Sopera, La Cardosa..., eran el alimento seguro para el ganado desde el otoño a la primavera.

A falta de *paciones* y escasez de yerba en los *payares*, los vaqueros iban cortando las ramas viejas de las *acebas* y las llevaban en cargas a las cuadras para echarlas en verde al ganado. Con ello aseguraban leche para la familia y para los terneros. Lo agradecían en especial las familias menos pudientes, pues los ricos ya tenían más *praos* de yerba y de pación. La mayoría se conformaba con las *acebas*. Por algo La Virgen del *Acebu*, con su festividad, una muy cuidada iglesia, y esa arraigada tradición vaqueira cada año: bien lo *asoleyan* en Cangas del Narcea cada final de verano.

### *Y la cultura de los fresnos, la cultura de las fayas... La dendrolatría milenaria*

Hay otra conservada tradición popular en Nuestra Señora del Fresno en Grao, o en La Capilla del Fresno, en Boniellas (Llanera). Directamente a través de los fresnos, o a partir de un pueblo con nombre del mismo origen, no pudo faltar tampoco este tipo de arbolado en la toponimia religiosa. Las ramas de los fresnos y las fresnas aseguraban la comida de los animales lo mismo en zonas altas (más bien por el otoño), que en otras más bajas, en invierno y primavera especialmente, donde abundaran menos los acebos y acebas.

En el Puerto de la Fresnosa lo recuerdan bien los alleranos: el *fresnu*, las *fresnas*, eran el tipo de arbolado imprescindible como recurso alimentario ganadero, en ciertas épocas del año, en forma de *fueya*, *fuecha*..., verde para los otoños más secos; son los *foyaos*, *fo-tsaos*, *foyecu*, *joyascu*..., de otras zonas; y en manojos secos para los inviernos más largos (se guardaban en el *payar* a modo de yerba). Los vaqueros alleranos del Puerto Braña dicen también *freno*, *frenaal*, *frenadietso*...

La costumbre es general a los pastores en ésta y en otras regiones. En los puertos altos calizos y con menos arbolados (Picos, El Cuera, Pirineos aragoneses...), el aprovechamiento de los fresnos era completo: una vez que los podaban en el otoño, pelaban las hojas los ganados; y, luego, con las leñas de las cañas, los pastores hacían cargas que guardaban para la temporada siguiente en primavera. Ni una hoja despreciada. Ni una rama desperdiciada: las *quimas*, que dicen los cabraliegos. Pa-

recida utilización del fresno se escucha a los pastores por la zona pirenaica aragonesa, que siguen un proceso casi idéntico en sus respectivas cabañas. Y en otras toponimias, las diferencias entre los topónimos derivados son puramente fónicas: Freixido, Freixeda (galego); Freixenet (catalán); Fraisinet, Freissinières, Le Fresne (francés); Frassinelli, Frassené (italiano)... El lenguaje universal del suelo, traducido a cada territorio concreto.

En fin, toda una compleja, milenaria, multiforme utilización del arbolado que terminó en la *dendrolatría*, que dice la palabra: griego, DÉNDRON (árbol); LATREÍA (adoración). Es decir, aquella antigua costumbre considerada ya celta, del culto a los árboles: los bosques sagrados en toda la cultura europea precristiana, atestiguada entre los pueblos germánicos, eslavos, griegos, latinos..., con sus respectivas divinidades en cada una. El culto a ese recurso que durante tantos milenios sirvió a los homínidos y no homínidos como base de su vida arborícola, predadora, fructícola, crudívora... Los encinares de Atapuerca son un ejemplo bastante estudiado ya. Son muchos los árboles sagrados: el tejo, el saúco, la espinera, la encina...

*De la Virgen de las Virtudes a la Virgen del Acebu, entre los vaqueiros de alzada*

Un ejemplo de la fuerza popular del culto al árbol se renueva cada otoño en la citada Fiesta l’Acebu, en los altos de Cangas del Narcea. Ya Luis Alfonso de Carvallo, en su libro *Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias* (1695), habla de la ermita de Nuestra Señora en el monte del Acebo:

“sin memoria de su primera fundación, tan pequeña, que era necesario bajar la cabeza al entrar por la puerta...; tan pobre, que sólo en el altar había la Imagen de Nuestra Señora, y una cruz de palo, sin otro adorno alguno, tan olvidada y desamparada, que aún no se sabía en qué feligresía estaba”

La tradición oral pronto le atribuyó el primer milagro: el de la niña María de Noceda, que se curó repentinamente de su pierna seca al finalizar una misa, se supone en 1575, según referencias del padre Carvallo. Por este y otros milagros –recoge el autor citado- se levantó sobre la ermita el santuario de Nuestra Señora de las Virtudes, terminado en 1590. El resultado fue que con el tiempo se llegó a todo el complejo actual de iglesia y anexos, con sólidos muros y sillares en piedra tallada, que reúne cada año a miles de peregrinos, antes llegados a pie (descalzos muchas veces) desde muchos pueblos y *conceyos* circundantes.

De estas fechas renacentistas, podrían proceder la mayoría de las leyendas en torno a la formación cultural de ermitas, santuarios, iglesias..., con leyendas de aparición de imágenes, milagros realizados, ritos, creencias firmes por parte de lugareños. Sería una forma entre otras de aquel resurgimiento más antropocéntrico en el aprecio por el orden natural y las preocupaciones humanas, frente al medieval, más alejado de la tierra y teocéntrico. Se buscaría una explicación popular para los fenómenos más cotidianos, siempre con una fuerte creencia sobrenatural.

*La niña pastora y la niña misteriosa que se cobijaba cada noche en un acebo*

Pero el nombre que prevaleció, no fue el de Las *Virtudes*, sino el de La Virgen del *Acebo*, patrona de los vaqueiros de alzada. Como explicación popular, continúa en los pueblos de la zona una arraigada leyenda no exenta de versiones, según quién la cuente. El caso es que la imagen de la Excusadora (la que se saca en las procesiones) lleva en la mano derecha una rama de acebo; y la ima-

gen del altar mayor, tiene varias hojas, también de acebo, en el pedestal sobre el que apoya. Todos estos montes tienen, además, varios nombres relativos a este árbol: El Monte l’Acebu, La Sierra los Acebales, La Braña l’Acebal, El Prao l’Acebal...

Como un dato más, la fiesta es el ocho de setiembre, pero al domingo siguiente se celebra La Fiesta del Domingo Detrás: la de las ofrendas, en una evidente separación de cultos (más religiosos y más vaqueiros, por lo que parece). En ella se hacían las ofrendas a la Virgen: *xatos*, corderos, cabritos, *mantegas*, *tsacones*... El origen vaqueiro de la fiesta queda connotado en la copla:

“En el cielo manda Dios,  
y en el campu de L’Acebu,  
la Virgen y los Serranos”

Como justificación de todo ello, la versión más generalizada del nombre del santuario actual, podría resumirse así.

Una niña pastora, tal vez de Fonceca... (pueblo de Cangas), subía todas las mañanas a cuidar las *oveas* a la zona de Vegalapedra (bajo L’Acebu). Un día apareció por allí otra niña que empezó a jugar con ella hasta el atardecer, sin saber de dónde era. La niña pastora bajaba a dormir al pueblo, mientras la niña amiga se escondía en un acebo. Y allí pasaba la noche, hasta que subía por la mañana la otra niña desde el pueblo. Por fin, un día, intrigados los vecinos subieron de noche a comprobar lo que decía la pequeña pastora y encontraron la imagen de la Virgen metida en un acebo. Entonces, la llevaron al alto, y allí comenzaron a levantar una ermita para cobijarla. Fue el asentamiento definitivo del santuario actual.

Hay otra versión que justifica igualmente la elección del sitio para la capilla en el alto, y no abajo en Vegalapedra.

Dice otra voz oral que la capilla primera querían hacerla en aquel rellano a la falda del Alto l’Acebu, en Vegalapedra, donde ahora hay otra pequeña capilla. Pero las piedras que los canteros ponían por el día, de noche se trasladaban milagrosamente al alto donde está el santuario actual. Incluso, un *canteru* decidió quedarse de noche junto a las mismas piedras ya colocadas, para poder deshacer el misterioso suceso. Pero ni por esas: él mismo apareció por la mañana junto con las piedras en lo alto del Acebu. De forma que los canteros tuvieron que desistir del empeño, y levantarla finalmente en el asentamiento cimero.

#### *La supervivencia de los acebos en el topónimo*

Al contemplar la panorámica espectacular que se abre desde el santuario sobre toda la redonda (muchas brañas de varios *conceyos*), no se divisan más acebos que los plantados recientemente en torno a la capilla. Todo el paisaje se fue transformado en limpios pastizales de verano: los acebos y los *xardones* (los que no pinchan, los mansos, y los que pinchan) están algo más altos, los más fonderos fueron desapareciendo hasta dejar sólo el topónimos, y unos cuantos ejemplares para contarlos, aislados en torno a las fincas del Cabanal, Bornacil, Parada la Viecha... Eran árboles muy apreciados como alimento en épocas de sequía, sobre todo, y como lugares de caza pues en ellos se



cobijan o se refugian los animales del monte según las épocas: *corzos, xabalinos, perdices, palombos torcaces, tsiebres, vanaos...*

### *El Monasterio de Acebos, sobre El Quempu (Lena)*

Con una estructura parecida se repite el origen del culto a La Virgen de Acebos en la capilla actual del pueblo lenense. El monasterio de Acebos está documentado por Juan Menéndez Pidal, Alberto Montero, M. G. Martínez y otros, como ermita-hospital dedicada a la Virgen de Flor de Acebos en el Puerto de La Cubilla; para los lugareños, L'Alto'l Palo. Al toque de campana, avisaban a los extraviados del camín francés por aquellos altos a medias entre leoneses y lenenses, sobre todo en días de niebla. Allí les ofrecían cobijo, comida, atenciones de salud... Se conservan las ruinas en piedra, la planta en cruz de la iglesia, una pila bautismal, los restos del cementerio, los nombres de Las Güertas, y toda una arraigada tradición de posesiones monacales en toda la redonda. La toponimia es también significativa: El Fuisxu'l Cura, La Pena'l Preceeru, El Picu'l Fraile...

Con la decadencia y final de la institución monástica (se calcula, un par de siglos atrás) debió comenzar la leyenda oral, para justificar el destino de la Santa (imagen conservada de madera), en una larga disputa entre los vecinos de Tuíza y los del Quempu. Hay varias versiones complementarias. Una, para la construcción de la capilla misma.

Según la voz oral, la piedra de la capilla de Acebos, junto al monasterio, se trasladó a Tuíza Baxo (La Villa), donde se levantó la ermita actual, hoy lugar de culto cada año. Pero cuando intentaron bajar la imagen de la santa para la capilla –continúa la voz oral-, no fueron capaces: la traían de día, y por la noche volvía a aparecer en los altos de Acebos, en el monasterio otra vez. Así varias veces, hasta que, convencidos, tuvieron que desistir: la Virgen no quería bajar a Tuíza. Entonces, probaron a bajarla a la capilla del Quempu, y no hubo ninguna escapada: la Virgen se quedó desde el primer día en la capilla actual –dicen ufanos los del Quempu.

### *Cuando el fueu se detuvo nel acebu: una misma estructura en los distintos relatos*

En otra versión popular, preguntando a los vecinos por el origen mismo de la Santa, y su aparición en el monasterio, ya hay menos acuerdo, pues se cruzan fechas y sucesos distintos en el orden de los tiempos. Coinciden en un hecho común:

Que un día -fay ya tantos años que naide se acuerda ya...- un vecín de Tuíza taba limpiando pe los praos de Acebos y quemando la fueya pe las xebes; pegó fuú a un matorral junto a un acebu, pero al llegar a él, el fuego se detuvo y no prendía la hojarasca reseca, ni las ramas, ni el tronco de los acebos. Entonces, intrigado, se acercó a comprobarlo, revolvió la hojarasca y encontró asustado la imagen de una Virgen que, por ello, fue siempre para todos La Virgen de *Acebos*.

Una vez más se repite la estructura de un relato surgido, no por casualidad, entre los pastos de un puerto alto de montaña (a unos 1425 m), muy propicio a los acebos, sobre unos pueblos siempre en la dependencia casi exclusiva del ganado: cabras, *oveyas*, vacas, burros para el transporte..., poco más. Los productos sembrados se dan aquí por poco tiempo y tarde, pues puede nevar hasta abril, y

comenzar de nuevo en octubre. De modo que la alimentación diaria dependía más bien de la leche, el queso, la mantega, la dibura..., y algunos productos intercambiados con los pueblos vecinos de la vertiente leonesa.

Sabido es que, en estas circunstancias, por necesidad de leche para alimentar cada día muchas bocas en aquellas familias más que numerosas de antes, cada vecino siempre se arriesgaba con algunos animales más de los que podía mantener a yerba seca, carbas y pocos *praos*. En años malos, de sequías, sobre todo, el problema era el invierno: con poca yerba en los establos, poca leche podrían disfrutar los menos pudientes por enero y febrero arriba, hasta los retoños de la primavera otra vez. Sin leche, los problemas para las madres y padres serían bastante más acuciantes, más angustiosos, que hoy, a la venta en cualquier tienda.

*Los acebos y acebas que nunca fallan con sus hojas verdes y sus flores tempranas: Floracebos*

Y ahí estaba la función de los acebos (árbol macho), y más bien de las acebas (árbol *fema*). Nos precisan muchos datos los vecinos mayores de hoy, niños allá por los años veinte y treinta, que bien recuerdan aquellos problemas. Las acebas eran muy apreciadas todo el invierno, pues se cortaban cargas diarias de ramas verdes y muy tiernas (*fexes*), para alimentar el ganado en las cuadras y en las carbas. Las acebas tienen las hojas más suaves que los carrascos, y sin pinchos, por lo que las comen todos los animales. Ya con acebas, la leche, los corderos, los cabritos, los *xatos*..., estaban algo más asegurados. Y las familias cargadas de hijos, podrían sobrevivir mejor los inviernos siempre largos de aquellos altos a la falda de las Ubiñas.

En fin, no sería para menos levantar un homenaje a este tipo de arbolado, que se iría traduciendo con el tiempo en objeto de culto, como en tantos otros casos en torno al bosque y a los árboles frutales: lo que da de comer, cobijo, salud, no podía menos de ser venerado. Incluso quedan topónimos como Flor de Acebos, Floracebos; o La Flor del Acebo..., que cita el mismo Juan Menéndez Pidal como nombre antiguo de este monasterio, en concreto. Si los acebos florecían en su punto, aseguraban un otoño floreciente, unos acebos vigorosos, y un invierno, en consecuencia, cargado de tupidos *acebales*. Se da la circunstancia de que la vaguada del monasterio fue muy apreciada para la leche habida cuenta de lugares como La Fonfría, La Fuente la Otsera, donde se enfriaba la leche para las *mantegas* de primavera y verano, sobre todo.

Como en tantas otras fiestas de La Flor por ésta y otras geografías y santuarios, iría surgiendo la devoción a la Tierra Madre que daba de comer, desde la primavera al invierno otra vez. La personificación en la Virgen como Madre de Dios, era inevitable, tal vez ya desde la misma raíz indoeuropea, \*MART-, \*MATR-, luego tan extendida en otras voces comunes desde los prerromanos hasta estos mismos días: *materia, madera, madre, matriz*..., y tantos otros términos traducidos a una toponimia y a un léxico casi universal.

## 2. *El bosque divinizado (Lug): la luz del bosque. Lugo Llanera, Lugones, Lugás (Villaviciosa), Lugido (San Esteban de las Cruces).*

Aunque no está clara la acepción primera de la voz, suele aceptarse la relación de este campo toponímico con el indoeuropeo \*LUGH- (bosque sagrado); sánscrito *lokáh*. A su vez, de la raíz indoeur. \*LEUK- (luz, esplendor), en griego, *leukós* (blanco); en latín, *lux-lucis* (claridad, resplandor, luz de vida, vida). Luego, transformada la raíz en el lat. *lucus* (bosque sagrado), en relación con el dios *Silvano* en la tradición romana también. O *Ne-*

*mus*, que dio lugar a *Nembra*, *Niembro*, tal vez *Culiembro*..., y otros en relación con el carácter sagrado de los bosques. En la toponimia francesa Dauzat asocia un campo amplio: *Luc*, *Le Luc*, *Lucs*, *Lugo*, *Lugat*, *Lugarde*, *Luglon*..., siempre a partir del latín *lucus*. En catalán, *Lluc*, en Baleares; *Luco*, en Zaragoza y Teruel.

Para Julián Rubén Jiménez (*Diccionario toponímico y etnográfico de la Hispania Antigua*, p.330 ss.), *Lugh* es la divinidad céltica muy difundida por Irlanda, Gales, Las Galias..., y por la Hispania indoeuropea. Es un dios de carácter solar que se manifiesta en los claros de los bosques, a modo de santuarios sagrados (indoeuropeo, \*LEUK-, ‘luz, brillo, verdad, ley’). En todo caso, hubo de tratarse de alguna divinidad con varias atribuciones. Así, Toti Martínez de Leza, en su obra *La voz de Lug*, recoge en una expresión de las tribus nativas astures, aunque con sentido difuso:

“- Qué es lo que ha gritado el bárbaro...?  
-Lo siento, legado... No he podido entenderle. Algo sobre *Lug*...  
-¿Quién es *Lug*?  
- Uno de sus dioses... El dios del trueno.  
-¿Júpiter?  
-Puede...  
-¡Bien! -Carisio se sentía alegre- ¡Entérate bien! Lo añadiremos a la lista de los dioses romanos. Ahora que somos los amos de este territorio no estará de más que estos salvajes sepan que también sus dioses son ahora nuestros” (p. 167).

Cabeza Quiles relaciona el gallego *Lugo* directamente con la voz latina *lucus* (bosque sagrado), pero cita el italiano *Montelucio* documentado en una inscripción del s. –III a. de C., lugar de antiguo culto pagano cristianizado después. Cita el mismo autor otra serie de documentos medievales que afianzan el supuesto etimológico, aunque no descarta la posibilidad de que la raíz se remonte al teónimo *Lug*, dios celta de la luz, “do que se sabe, pola epigrafía, que foi venerado na provincia de Lugo” (*Toponimia de Galicia*, p. 361 s.).

Concluyendo este punto, habría que pensar en una raíz ya indoeuropea, que pasó al celta con las acepciones de bosque y esplendor, divinizado luego en esa claridad del bosque como lugar sagrado de culto al dios solar, que señala Rubén Jiménez. En todo caso, parte de la toponimia europea lo tomaría directamente ya del latín.

### 3. *Las ayalgas, chalgas, gacetas.*

Otra larga antología de leyendas tiene por contenido los hallazgos: el trabajo de las excavaciones en busca de tesoros anunciados. Es tal vez uno de los temas más extendidos en los pueblos de montaña, bastante olvidados en las últimas décadas, con la presencia masiva de otros medios de comunicación en los hogares. Unos cuantos nombres lo atestiguan por toda la región asturiana. Es el caso de *La Chalga*: en Penamanteiga (Belmonte), o El Tsano l’Anchalga (Somiedo), donde recuerdan los vaqueiros de Brañaviecha apresuradas excavaciones veraniegas en los altos de la braña con la esperanza inocente de hacerse ricos por sorpresa y dejar aquella dura vida de las cabañas.

Y tantos otros parecidos como *La Yalga* (Grao), *El Prao la Tsalga*, *El Pozu la Tsalga* (Quirós). Los somedanos de Valcárcel y La Bustariega recuerdan la copla atribuida a un moro que en su huída lamentaba el tesoro que dejaba escondido:

*“Pico Negro, Pico Negro,  
collado de Valgabín;  
¡cuánto oro y cuánta plata  
dejo aquí enterradín!”*

#### *La manipulación informativa, ya muchos siglos atrás*

En la mayoría de los casos, se trata de simples pozos en peñas, cuevas misteriosas, grietas en las rocas, vestigios de excavaciones de las que todo el vecindario dice que fueron muy explotadas en tiempos remotos, pero de las que nadie concreta a cerca de los tesoros encontrados. A veces, hasta se dan nombres de aventureros recientes conocidos, que las reabrieron hace pocos lustros, pero que tampoco se sabe que se enriquecieran con tesoro alguno. Hasta una placa se les puso a veces en homenaje a su tesón (Cueva Viguinatsarga, altos lenenses de La Vatsota) por hacer memoria al nombre del *achalgueru* en el paraje: el deseado hallazgo, del latín, AFFLARE, AFLATICA (oler, seguir la pista, hallar).

En algún tiempo, mucho antes de la tele, la radio, el libro de bolsillo, o la prensa al alcance de la mayoría, la obsesión por seguir excavando en los famosos pozos con historia legendaria debió llegar a extremos peligrosos. Cuentan en algunas brañas aventuras de vaqueros que gastaban sus escasos *riales* en comprar mapas y gacetas en los que se detallaban supuestos lugares concretos donde se ocultaban los tesoros. Hasta vendían el *terneru* o una vaca, lo gastaban en los mapas de las gacetas, y decían en casa que el animal se había despeñado en lugar inaccesible, o que lo habían robado del puerto, sin que el ladrón dejara rastro alguno. Tal era la afición a estas gacetas de moda entonces.

#### 4. *El oro, los tesoros.*

Con otra base toponímica, continúa por los pueblos aquella ilusión de hacerse rico, y marcharse del pueblo de forma tan honrosa como sonada en toda la redonda. No cabe duda que en muchos casos, sí hubo explotaciones mineras (oro, cobre, hierro...), como documentan los historiadores desde antes de los romanos. Una larga toponimia se extiende por la geografía asturiana de oriente a occidente. Incluso hoy se siguen explotando minas con mejor o peor suerte y rendimiento (Belmonte, Tineo...). No obstante, será difícil distinguir hasta dónde llegó la cantidad de mineral extraído, la cantidad que permanece en la geología del paraje, y dónde comienza la ilusión por encontrarlo, o cuántos lugareños excavaron en el mismo lugar sin resultados.

Abundan los topónimos con esta base. *El Cotséu l’Oro*, *Los Cotsaos del Oro* (Lena). *La Fonte l’Oro* (Morcín), *Cotsá L’Oro* (Quirós), *Las Minas de Oro* (Tineo), *EL Río d’Or*, *El Río l’Ouro*, *Ourúa* (Allande). *El Pico d’Ouroso* (Santirso d’Abres), *El Pico Ouroso* (Tarramundi). O con otras bases toponímicas referidas al mismo mineral: *La Fana Freitas*, *El Pozu las Muyeres Muertas...*, con arraigada tradición y algunos vestigios de minas romanas, calzadas, canales de agua...

*La leyenda del pote d’oro y las cenizas tras las corras de La Pena Tsago*

A modo de ejemplo sirva la leyenda que cuentan los vecinos lenenses de Vache-Zurea sobre El Cotséu l'Oro, al lado de La Pena Tsago:

Uno de los bisabuelos del pueblo -dice la voz popular- llegó a encontrar un misterioso pote muy pesado en la collada cimera del cordal -el bisabuelo siempre se dice que murió hace un tiempo, nunca nos lo cuenta directamente, por supuesto...-. En principio, aquel afortunado lugareño creyó el pote lleno de ceniza de algún *tsar de las cabanas* próximas, por lo que lo vació en el suelo, con el fin de aprovechar el pote para su cocina en casa. Y, sin más cuidados, se echó a dormir la siesta, pues el día estaba nublado y había poco que *facer*.

Pero llegó el milagro -sigue la leyenda: cuando despertó el vaquero a media tarde, había salido el sol en la cima del cordal, bajo La Pena Tsago, de modo que se dirigió a recoger el pote. Observó entonces que los destellos entre las cenizas derramadas le cegaban la vista, y él se tambaleaba deslumbrado. Asustado el anciano, recogió de nuevo, y como pudo, las cenizas en el pote, y las llevó al poblado, donde le confirmaron que se trataba de polvo y pepitas de oro de excelente calidad.

Existen varias versiones sobre el pote del Cotséu l'Oro, pero siempre con el mismo final en suspense: en ninguna se dice que el brañero se enriqueciera y se convirtiera en el hombre rico del lugar o se marchara a la ciudad. Abundan muchas leyendas orales en este campo del oro y los tesoros, recogidas, por ejemplo, en el libro *Chalgas y chalgueros* (de Jesús López). Se da la circunstancia, además, de que El Cotséu l'Oro está justo en la cara sur de las corras de Tsago, Brañavalera y El Mayéu la Cobertoria, con larga tradición y algunos vestigios prerromanos (túmulos, castros...), algunos documentados, catalogados y estudiados.

#### *Los supuestos tesoros de Omar el Cruel en La Cueva Gancios*

En otras versiones lenenses orales se explica, incluso, con qué secretos fueron escondidos esos supuestos tesoros. Es el caso de La Cueva Gancios (Lena), una gruta sobre El Muñón d'Espines, bajo La Calzá'l Fierro y altos de La Paradiécha a la falda del Aramo. Abundantes *gancios* (brezos) por los senderos hasta la entrada justifican el nombre en el origen. Más abajo hay otro abismo con varios metros de profundidad que los lugareños siempre rodearon de leyendas. Las dos entradas llevan el mismo nombre, sin un acuerdo sobre si se trata de la misma cueva o no, ya que nadie las ha conseguido recorrer todavía, según la voz oral.

Entre las versiones que circulan sobre el misterio de la cueva, allá por los años cuarenta, en el diario *Región*, aparece una recogida por Ricardo Luis Arias. En lo esencial coincide con otras muchas. Podría resumirse así:

Se dice que en el pueblo de Muñón Cimeru vivía un rico musulmán llamado Omar el Cruel. Era muy rico y poseía grandes tesoros, celosamente guardados en un arca muy pesada, con los botines de todos los saqueos que había cometido por las tierras castellanas. Cuando su ejército fue de-

rrotado en estas tierras, se apresuró a esconder toda su riqueza antes que cayera en manos de nadie.

Entonces sus vasallos descubrieron La Cueva Gancios. Entraron en ella por el pequeño agujero de la boca completamente rodeado de zarzas y breñas, y bajaron hasta un pozo casi inaccesible y oscuro. Omar el Cruel vio el lugar adecuado y mandó esconder allí sus tesoros. Los vasallos llevaron allí el pesado arcón, y lo bajaron hasta una estancia un poco más espaciosa rodeada de gruesas estalactitas y estalagmitas. Colocaron el arca, y, al lado, otro cofre exactamente igual con una gran serpiente encantada. Al mismo tiempo levantaron una gran estatua de oro puro que situaron ante el arcón del tesoro, y que representaba a un Hércules gigante.

En realidad se trataba de una trampa: el gigante tenía en las manos una gran maza de oro que estaba ante una especie de plataforma con un resorte en forma de losa; si alguien lograba llegar hasta allí, al poner los pies sobre la gran piedra, saltaba la trampa, bajaban los brazos del gigante y con la maza aplastaba al aventurero atrevido. Entre el gigante y la serpiente encantada, nadie podría acceder al tesoro.

Pero las precauciones del cruel Omar no terminaban ahí: cuando todo estaba asegurado, él salió sin ser visto por sus vasallos de la profundidad de la cueva y cortó las escaleras de cuerda por las que ellos habían descendido con el oro y el arca. De esta forma, todos quedaron sepultados en la sima para siempre, de manera que no pudieran contar ya a nadie el secreto en adelante.

En fin, la leyenda de La Cueva Gancios llegó a nuestros días envuelta entre el misterio y la aventura: se dice que muchos fueron con el tiempo los ilusos que intentaron bajar al fondo de la cripta, pero que nadie logró regresar a superficie todavía y contarlo. Se citan famosas apuestas entre los mozos de Riosa o los de Muñón por llegar al tesoro, pero nunca más se supo de los que apostaron y se internaron en la cueva – dice la voz oral en estos pueblos de Muñón:

Y algunos que lograron volver a la superficie vivos –matiza la voz oral-, nunca se sabe lo que contemplaron abajo, porque, una vez en tierra, no soportaron el miedo acompañante de la caverna, y cayeron muertos al ver de nuevo la luz del mediodía. Nunca pudieron manifestar con sus palabras moribundas otra cosa que el terror de lo que habían presenciado, y que era causa de su muerte. De ahí el misterio que hoy rodea la gruta en cuanto se pregunta por ella a cualquiera de estos lugareños mayores, sean ellos o ellas riosanos o lenenses.

*Las pitas, los güevos, los pitinos de oro..., verdadero tesoro simbólico de caza en su tiempo*

Las leyendas del oro tienen muchas versiones de tradición oral en los distintos conceyos asturianos: los molinos de oro, la pita con los *pitinos* de oro, la piedra que se tira a la vaca

y que val más que la vaca, los lavaderos del oro. Sirva el caso del Molín de Viento en Penamermea, sobre El Castiitsu de Foz (Lena): se dice que allí molían el oro sacado del pozo en la pequeña cumbre de lo que ahora se llama El Castitsu Foz. Y, según la voz oral, en la misma cumbre de la peña, completamente rodeada de maleza, está la muela de moler, con un abedul crecido en el mismo agujero de la piedra, por lo que ya no se puede sacar de allí. Dicen los vaqueros que la vieron por última vez sus *güelos*, por lo que ya nadie sabe a ciencia cierta dónde está exactamente...

En la misma campa de Santa Cristina de Lena sigue la voz oral de que una vez al año, en la noche de San Juan, sale una pita con doce *pitinos* de oro, y que se oculta otra vez en la cueva bajo el promontorio sobre el que se levanta el monumento prerrománico actual. Puede ser también la interpretación de topónimos como La Yana la Gatsina, Chan de la Gatsina, El Monte la Gatsina, La Fonte la Gatsina..., de otros parajes.

Con una explicación posible de la leyenda en aquellos contextos pasados: en la mayoría de los casos, suele tratarse de parajes frecuentados por otras aves del monte, en unos tiempos muy codiciados lo mismo por sus polluelos, que por los *güevos*, o por la caza directa de las mismas aves, entonces más abundantes. La caza serían una fuente de riqueza alimentaria, en todo caso, para la economía familiar diaria: en su tiempo, casi tan apreciada como el oro... De ahí, tal vez la leyenda.

#### *Las vasijas llenas de oro con las que dio el desraizador a fuerza de cavar*

Muchas otras formas conserva la voz oral de la ilusión por encontrar tesoros, volverse rico de momento y salir silencioso del pueblo sin dejar rastro. Es el caso de la leyenda del desraizador que recoge Jesús Pérez en su libro *Nordés*, sobre los oficios del occidente asturiano. Según la leyenda de los pueblos tinetenses, un buen día el humilde trabajador de *las cavadas* (distintas formas de romper con mucho sudor, y con pesada azada, el suelo montañés para cultivos) sí que vio cumplido el sueño de dar con el tesoro y desaparecer por fin del pueblo.

“El Cavador –leemos en el libro citado-, como quedó para siempre en la memoria, a base de hachas, azadas y fuertes brazos, cavaba alrededor de una gran cepa de árbol para arrancar las raíces más profundas. Así había arrancado ya muchas raíces a bajo salario durante muchos años. Pero, un día, arrancando los restos de un gran castaño en tierras de Allande, el picón dio con unas vasijas llenas de monedas de oro...”

Ahí termina la leyenda con el final esperable en la estructura del género: nadie supo más del Cavador; no dejó otros rastros que los de la voz oral: que junto al último castaño sin terminar de arrancar, sólo se encontraron sus andrajos, un calendario y unos recipientes de barro vacíos. Sólo un emigrante de las Américas llegado a la zona años más tarde, hecho rico con su carpintería, remató la leyenda añadiendo que, por casualidad, había conocido en aquellas tierras de emigrantes otro rico cliente que vivía con todo lujo y rodeado de posesiones en las afueras de una gran ciudad. Y que el gran ricachón era apodado “el as-

turiano”, aunque nunca pudo sacarle la razón de ese nombre. Siempre, este final misterioso de las leyendas.

5. *Moros y moras: Cuamoros, Peñamora, Busdemouros...*

Numerosas leyendas, algunas muy trabadas también, se fueron tejiendo con el tiempo en torno a ciertos picachos, montículos, peña, sobre todo: que en remotos tiempos del pueblo, unos moros habían permanecido allí con sus actividades auríferas (extracción de oro en las minas, molinos para obtener el mineral puro, etc.); en su huida apresurada, finalmente, habrían enterrado grandes cantidades en un pozo o bajo una gran piedra, de forma que muchos lugareños siguieron por muchos años cavando por el lugar supuesto, sin resultados notorios hasta la fecha.

En algunas ocasiones, la voz oral alude más en concreto a los moros que habían quedado fugitivos por las montañas, tras la Reconquista y la expulsión final decretada por los reyes tras los siglos medievales; o a los otros moros que llegaron desde tierras africanas a defender en los frentes las posiciones nacionales frente a los republicanos, allá por los años treinta. En algún pueblo aseguran que los moros hasta enraizaron en el pueblo, pues algunos vecinos tienden a ser ‘cobrizados’- relatan convencidos... Y la leyenda del oro creció con los asturianos que volvían de hacer la mili en África: según ellos, entre los moros seguía viva la frase famosa, parecida en varios *conceyos* del occidente sobre todo:

“*El asturiano tirar la piedra a la vaca  
y valer más la piedra que la vaca*”.

Un amplio campo toponímico en este campo. *El Picu Moros (Aller), Cuamoros, Morúes (Lena), Vallemoro, La Bolera los Bolos, Peñamora (Ponga), Cuevumoru (Cabrales), El Moro (Piloña), Los Moros (Casu), Busdemouros (Volanova de Ozcos)*... El Camín de los Moros: camino relativamente conservado por los altos alleranos del Puerto La Fonfría, entre La Cuesta'l Cantábrico y La Puerta Faro, ya en la vertiente leonesa de Redipueñas; pasa justo detrás del Picu'l Castiitsu (margen izquierda del río que desciende de Vegará).

*Desde una simple raíz prerromana, \*mor-r-, referida a la altura*

Como recuerdo de toda una larga tradición oral sobre la riqueza aurífera, queda la copla tevergana con otras versiones por los distintos *conceyos*:

En La Fonte la Corra  
dijo la mora:  
“Ahí te dejo mis cencerrejos  
que valen más que siete tesoros”

O la otra, tevergana también:

Tengo la cabeza rota  
de carretar oro y plata  
de La Fonte la Corra  
al acebín de La Granda

En la mayoría de los topónimos, se trata del caso más evidente de la reinterpretación toponímica popular con el paso del tiempo. Es la historia local de la misma raíz de una palabra (prerr. \*MOR-R-), con su primera acepción de ‘altura’, ya en remotas épocas prein-



doeuropeas; la voz se fue transformando con las sucesivas culturas a lo largo de los siglos, y depositando en ella nuevas acepciones asociadas, a modo de capas superpuestas que se suman en cada topónimo que llegó a nosotros.

Son las raíces de la mayoría de las palabras *moro* y *mora*. Un caso evidente de homonimia y polisemia toponímicas, connotaciones contextuales, sana memoria histórica en cada pueblo, muchos años antes de las enciclopedias Álvarez al alcance de casi todos y todas en las escuelas rurales. Todo un documento cultural simbolizado, connotado en cada lugar de resonancias moras.

*Entre la estrategia de un simple lugar alto y las sombras de un valle más profundo*

En principio, como se dijo, para la mayoría de los parajes se trata, sin más, de la raíz prerromana \*MOR-R- (roca saliente, altura, morro), aplicada a lugares prominentes sobre unos valles, que sirvieron a pobladores y animales para usos muy diversos y sucesivos en el tiempo: vigilancia estratégica del contorno, estancia defensiva en los altos por algún tiempo, refugio en las guerras, parapeto de armas, como se documenta en las zanjas y construcciones diversas actuales en torno al picacho. Esa acumulación superpuesta de vestigios sucesivos fue multiplicando las interpretaciones hasta formar verdaderas leyendas cuando están próximos a pueblos mayores, como El Picu Moros de Morea, sobre aquel valle allerano.

En algún otro caso, la imaginación popular, el interés exótico por otras culturas de resonancias milenarias, heroicas, termina en una versión a medias entre el misterio y el tabú. Así se llegó a convertir en *moros* y *moras*, simples espacios comunes, sin más nota distintiva que la de ser lugares sombríos, *aveseos*, lúgubres en una época del año (latín, MAURUM, MAURAM). Y así a una simple cueva orientada al norte, en la que nunca entra el sol; o a una pequeña vaguada de río que fluye encajonado entre laderas más *pindias* y *tupidas* de matorral, sin sol alguno entre noviembre y febrero, se la llama Cuamoros, La Mora, Valdemoro..., o parecidos. La fuerza creativa de la imaginación popular: la homonimia toponímica también. Y en la mayoría de estos parajes, suele coincidir la referencia a los moros con la del oro y los tesoros también.

6. *Castillos, castiechos, castros.*

Más abundante aún en el paisaje toponímico asturiano, es el léxico y las leyendas dedicado a los castros y castillos, casi siempre envueltos en versiones fantaseadas, muy desdibujadas a veces. Son espacios reales, unos, con vestigios arqueológicos; figurados, otros igualmente, motivados sólo por la situación inaccesible, escarpada, del paraje. El repertorio es tupido en zona central y occidental, sobre todo. Menos abundantes hacia el oriente regional, Picos de Europa.

No todos fueron construcciones remotas, ciertamente. Contemplando picachos tan escarpados como Los Castillinos de Ubiña, extraña la misma palabra castellana con sufijo diminutivo, en contraste con el asturiano de la zona; casi al lado está La Pena'l Castiitsu. Los Castillinos son unas peñas escarpadas y de muy escaso uso ganadero entre aquellos precipicios. Sólo cabe una descripción figurada, metafórica: un lugar para la defensa natural, poco menos que inaccesible desde las bases colaterales. Unas peñas que pudieron

servir de punto de vigilancia natural entre la vertiente asturiana y su vecina leonesa (sobre todo en épocas de guerras), pero que no son recinto adecuado para las corras de fortificación que implican los castros y *castiellos* (*castietsos* en Lena) en su acepción común. El lenguaje figurado tan abundante en toponimia. La palabra parece puesta desde la vertiente leonesa.

El léxico del *castro* debió ser muy familiar en un tiempo, puesto que llegó al nuevo milenio presente en el juego infantil de las *caleyas*: el castro es el cuadro de casillas numeradas alternas que cada jugador/a, a la pata coja, va recorriendo con la tángana, y sin pisar la raya, hasta recorrer el recinto completo según unas normas. Por lo menos la palabra, y tal vez, el recuerdo de la estructura del recinto castreño, estuvo muy arraigado en cualquier muchos pueblos, aunque algunos están más estudiados: Coaña, Pendía, Mohías, Sanchuís, Chaosmartín...

#### *El paisaje asturiano de los castros y castiellos*

El caso es que hay una extensa toponimia en este campo, desde las cumbres altas hasta los acantilados del litoral: Castro, Castrillón, El Castrillón, El Castión, El Castrín, El Castru, El Questru, La Pena'l Questru, La Pena Castro, Castropol, Trescastro, Trascastro... Algunos resultan muy vistosos. El Castro: altozano relevante entre Riosa y Morcín, bajo L'Aramo. El Castro: saliente cónico calizo sobre las mismas casas de Llavares (Santadrianu). La Oxa Castro: sobre Vitsamarcel de Quirós. Castro, El Castro (Lena). La Pena Castro (Aller). El Castro: alto rocoso sobre el poblado de Caliao (Casu). Socastru: en Peña Maín (Cabrales).

Y lo mismo observamos en el paisaje de los castiellos: El Picu'l Castichu: entre Rubayer y Vegarada. El Castiellu: *braña* casina en el puerto de Cotorgán, en el camino al Picu Torres. El Castiellu: lugar alto por encima de Carbes (Amieva). El Castietsu: bajo El Gamonal (L'Aramo). El Picu'l Castietsu: peña sobre el poblado de Tene, en el camino a los altos de Casavatses, Bremunde... Los Castillinos: los tres picachos siguientes a Puerta de Arco Tuíza (Lena). Y otros del tipo O Pico o Castelo (Taramundi), El Castelo del Tolo (Tapia), El Castelón (Eilao). Castiadelo: en Grandas de Salime.

El Castiellu Cellagú: picacho sobre el poblado, con restos del recinto castreño en la cima, en parte muy deteriorado por diversas obras (Oviedo). La Veiga'l Castetsal: en los altos de la braña Xenestoso (Cangas del Narcea). El Castiellu: sobre Lladréu (Mieres). Sobrecastiellu: en Casu. El Castiellu (El Castietsu, para otros) sobre La Corrona, ladera de Carabanzo (Lena): Carmen Fernández Ochoa cita las monedas de Claudio y Galieno encontradas en algunas excavaciones de hace tiempo.

*Desde la otra raíz ya indoeuropea, \*kas- (cortar), aplicada a simples lugares naturalmente protegidos por precipicios circundantes*

Voz latina *castrum* ('recinto fortificado'), posible latinización de una raíz ya prerromana. Como se dijo, para Edward Roberts (*Diccionario etimológico...*), la base léxica se remonta bastante más allá de los romanos: se trataría de la raíz indoeuropea *\*kas-*, *\*kes-*, con el sentido de 'cortar', que resultó *castrum* en latín, una vez incrementada la base con el sufijo *-tr-* ('lugar de'). El lugar cortado, escarpado, inaccesible, como recinto estratégico

donde se asentaban las *corras* primitivas para la defensa del poblamiento en *castros* y *castiechos*. Francisco Villar confirma el sentido de la voz en los orígenes del indoeuropeo, porque las *corras* se situaban sobre lugares escarpados, para defenderse de todo peligro circundante.

Con el progreso de los poblamientos, parece que los *castros* romanos, los *castella*, cuando eran más pequeños, fueron poblados fortificados a distintas alturas de las montañas, que sirvieron de transición entre la vida indígena de los nativos y el nacimiento de las aldeas o las villas en los mejores rellanos de las laderas. Al lado de muchos pueblos actuales de montaña, debajo, encima..., suele haber un lugar que continúa un *castro*, un *castiellu...*, un *castión...* De ahí, las numerosas leyendas dispersas en torno al origen misterioso del poblado, los pobladores encaramados en los altos, los tesoros escondidos, etc.

*Las boleras de oro de los castros, los molinos del oro...*

En torno a los castros y castiellos hay referencias legendarias al oro, que llegaron muy cruzadas hasta hoy. Por citar algún caso, está El Questru bajo El Picu'l Castiitsu de Naveo (Lena). Delante de la iglesia actual de San Pedro de Cabezón, en un saliente fondero del mismo monte, hay una bolera todavía en buen uso y utilizada hasta hace poco. Se dice que es muy antigua, pues continúa la otra bolera de oro que había en El Questru, pero que desapareció cuando los moros... -matizan los vecinos

Otra referencia al oro está en los famosos molinos de viento que se suponen en la cima de una montaña. Es el caso del *molín de los moros*, que se dice está sobre El Castiitsu Foz de Treslacruz (Lena): hay un pozo en el montículo del valle, de donde dice la voz oral que se extraía el oro que subían a moler a Penamermeya, justo encima, donde estaba una muela –nos precisan los vaqueros de la zona-, ahora oculta en el matorral, según la misma voz oral.

Algo parecido podría suponerse para El Camín de los Moros: camino relativamente conservado por los altos alleranos del Puerto La Fonfría, entre La Cuesta'l Cantábrico y La Puerta Faro, ya en la vertiente leonesa de Redipuertas; pasa justo detrás del Picu'l Castiitsu. La conexión moros-castillo, podría estar en relación con el oro y los tesoros, aunque no lo citan los vaqueros actuales de la zona hoy. En cambio, citan excavaciones de oro (siempre frustradas) en la vertiente de Escoyo, saliendo a los altos de Los Olios, La Puebla, El Formusu..., ya casi limítrofes con Llaviana.

En resumen, numerosos *castros* y *castiellos* por toda la geografía asturiana. Se da la circunstancia de que debajo o al lado, casi siempre se fue levantando un poblamiento que en ocasiones llevó el mismo nombre incluso. Por esta razón, a poco que se dialogue con los lugareños enseguida surge la leyenda de sus orígenes: que en tiempos remotos los nativos se defendieron heroicamente en estas fortificaciones cuando fueron invadidos por los romanos, o por los moros, o durante las guerras...

#### 7. *Reyes y reinas: simples riegos o riegas, valles más o menos profundos tantas veces.*

Siempre también a la pesquisa de orígenes reales más prestigiosos, o de simples referencias a supuestas andanzas de la realeza por cualquier andurrial con ocasiones diversas, salpican los paisajes asturianos nombres con esta base. *La Vega'l Rey, Peña Rey, Fuente*

*la Reina, (El Mirador de la Reina)*. La Fuente'l Rey: pequeño manantial sobre uno de los arroyos que fluye del Naranco por la vertiente ovetense de Brañes: no dan los vecinos interpretación 'real' alguna.

Como otras tantas funciones con nombre sugestivo, el topónimo ha de referirse, en la mayoría de los casos, simplemente al 'valle, riego' en la vertiente o en el fondo de la vaguada (prerromano, \*REK-, 'riego, cauce'). Soto Rey, Sen de Rey, Llomba de Re, Vega de Rey, Veiga de Rey, La Vega'l Rey, Huertu Rey, Peña Rey, Ríu Rey, El Camín del Rey, Molín del Rey, El Rey: en Avilés. Y derivados asturianos como Riellu, Rietsu, Rieña, Riosa..., con los sufijos derivativos en cada caso. Las leyendas vendrían después con la más sana creatividad popular, siempre imaginando un rey o reina de paso que da prestigio y realeza al lugar. Pradorrey, Vegarrey..., en la toponimia leonesa.

En la morfología femenina, La Fuente la Reina: pequeño manantial junto al camino que asciende del Brañichín (Lena) hacia los altos de La Ventosa y Xistreo por El Reguiru las Argaxás (sobre el depósito de agua actual); está situada sobre el cauce del arroyo que desciende por la falda de Cuitu Reúndu (derecha de los dos que hay), ya casi a la raya de la cima que da a Xistreo y a Viadangos (vertiente leonesa): hay agua constante e invariable todo el año; muy fría, por cierto. Sería la forma femenina de otros lugares como El Camín de la Reina, Fusu la Reina, La Rina, La Riega la Reina, Las Vegas de la Reina (vaguada cimera del valle de Rubayer, justo al salir al Puerto Vegará).

*Los lugareños también buscan orígenes más dignos para sus nombres más triviales*

Una vez más, el contexto toponímico va configurando también cada topónimo, y adaptando raíces antiguas a la historia de cada paraje. Es el caso, por ejemplo, del citado La Vega'l Rey (Lena), entre La Vega'l Ciego y Palacio de Felgueras.

De un lado, se dice que se trata de una vega perteneciente al Rey (se concreta en Ramiro I), que había fundado Palacio para proteger su residencia en el palacete que luego dio lugar al monumento prerrománico de Santa Cristina (capilla, hoy). Se completa la estructura toponímica con el detalle de que ese mismo Rey había fundado el pueblo vecino con la donación de su vega correspondiente a un famoso ciego herido en campaña cuando estaba a sus órdenes.

La realidad puede ser bien distinta: simplemente, la espaciosa vega de un río (prerr. \*REK-, 'valle'), en contigüidad con otra buena vega bajo un lugar adecuado para el poblamiento humano, pero ciego (lat. CAECU, 'oculto'), poco visible desde el fondo del valle, retirado de los vientos, orientado al saliente... Y todo ello bajo otro valle igualmente productivo y propicio al poblamiento seguro y cómodo (Palacio de Felgueras), para su tiempo, razón por la que los reyes medievales ya establecieron allí sus estancias frecuentes, allá por el s. IX (palacete de Santa Cristina). Es decir, las palabras del suelo se van modificando o construyendo unas en interacción con las otras.

*Las dudas alleranas de Las Vegas de la Reina, en Vegará*

No obstante, en parajes como en Las Vegas de la Reina allerana (altos de Vegará), una arraigada tradición sobre el origen de la reina doña Urraca en Petsuno inclina la balanza a la interpretación histórica: las posesiones reales que ella misma tuvo en el puerto. En otras, como El Mirador de la Reina, sobre Covadonga, la profunda vaguada con precipicios bajo el parapeto actual, inclinan, en cambio, a la imaginación popular más fantaseada.

Otros parajes con Reina nada han de tener de realeza posible. Parece el caso de La Fuente la Reina en los altos carbizos del Brañitsín lenense: una simple fuente metida en un *farfagón* lleno de brezos y retamas, al filo del cordal cimero divisorio ya con la vertiente leonesa de Viadangos. La referencia a la morfología del terreno, en una zona escasa en manantiales, habría designado la fuente por esa circunstancia escondida del manantial, muy apreciado en los días más calurosos del verano. Así los vaqueros habrían dignificado la fuente transformando el simple riego, regato, arroyo, en una Reina toponímica: hasta la Reina habría tomado agua o se habría refrescado en el manantial.

#### 8. Cruces, crucinas, encrucijadas, cruceros...

La cruz fue siempre un signo muy respetado en los pueblos de montaña, especialmente. Por ejemplo, en días de tormenta y rayos, los vecinos sacaban la pala del pan del horno, y la cruzaban con el *rodabel* (la ralla de limpiar las cenizas y las brasas): ambas, cruzadas, se dejaban fuera de casa para que ahuyentaran la piedra, el *granizu*... sobre las cosechas, en especial. En los altos donde caían rayos también levantaban una cruz de madera para que no cayeran sobre los animales en el tiempo de las brañas. En otros casos, se sacaba un crucifijo a la ventana, con el mismo objetivo. Había una fe intensa en el signo de la cruz.

Muchas leyendas fueron tejidas sobre las palabras toponímicas en torno a la cruz: lugar de parada y plegaria en los entierros, exposición de enfermos para solicitud de remedios ajenos, escenario de exposición pública de pecadores y pecadoras como castigo, memoria de hechos significativos en la historia del poblado... En algunos casos, hasta se formó leyenda en combinación con otro lugar toponímico vecino, igualmente reinterpretado por la voz popular, caso de La Cruz del Ciego y El Vatsé la Muyerona, uno frente al otro a pocos metros.

#### *Cruces de caminos, encrucijadas, límites de pastos en los altos*

Para las cruces hay muchos topónimos: La Cruz de la Vieya: encrucijada alta sobre Brañúes, al paso de La Calzá la Vieya (Camín Real) por los altos de La Sierra Panondres (entre Villayón y Valdés). La Cruz de la Madalena, La Campa la Madalena: vaguada alta sobre Saliencia, en la cima divisoria de los puertos con Teverga, sobre La Braña Fonfría; pasa El Camín Real de La Mesa; los *vaqueiros* recuerdan una capilla ya derruida a pocos metros del camino. Pena Cruzada: peña divisoria de los *concechos* de Teverga, Tameza y Grau. Peña Cruzada: en Villaviciosa.

Las Cruces de Ariu son los cantizales entre Huertu Rey y La Vega d'Ariu, divisorios de los pastos de Onís con los de Valdeón por Caín. La Cruz de Ruenes: pequeño alto divisorio de las vertientes de Cabrales y Peñamellera Alta. La Crucina: alto en La Mostayal, por

la vertiente morciniega, que divide los pastos de Peñerudes y La Piñera. La Peña Cruzada: en El Puerto Marabio (entre Teverga y Tameza). La Cruz de los Ríos: paraje actual al término de la Ruta l'Alba (Sobrescobiu), donde confluyen los ríos de Penoba, Los Escubeyeros, El Texú...

La Cruz: punto cimero del camino de Cuañana a la *braña* de Cantsongo (Quirós); también se avista a lo lejos el santuario de La Virxen de Alba, por lo que en este caso pudo ser aprovechado el paraje divisorio como punto de oración para los vaqueros. La Cruz d'Urria: campera divisoria de las *brañas* de Vicenturo y de Urria (Teverga); se bifurcan también los senderos hacia los altos de La Mostachal, Faxán.

En fin, numerosos topónimos con esta referencia figurada, cada uno con su voz oral para explicarlo: El Cruz, La Cruz, Las Cruces, Les Cruces, Les Cruciaes, El Quentu la Cruz, El Puerto la Cruz, Traslacruz, La Crucina, La Crucuada, L'Ancrucia, L'Ancrucia, L'Ancruciyá, L'Ancorciá, El Cruciu, El Cruceru..., distribuidas en tantas ramificaciones de caminos por estas montañas asturianas. El Dolmen de Santa Cruz, en cangues d'Onís. Santa Cruz de Mieres. La Cruz de los Caminos. La Cruz d'Urria, La Cruz de la Madalena. La Cruz de la Vieya, La Cruz de los Ríos, La Cruz de Pelayo, La Cruz de Priena...

*Y de los cruces geográficos y los límites, a la cruz religiosa y a los rezos*

La santificación de los topónimos es evidente en el caso de *Santa Cruz de Mieres*, con varias coincidencias geográficas a un tiempo: la confluencia del Río Aller y del Río Lena, para formar el Caudal; la encrucijada de los caminos alleranos y lenenses con los de Mieres abajo; el punto de unión de los diversos ramales de *la calzada romana, camín francés...*, por Lena y por Aller... Sin cruz religiosa alguna, en este caso. La prueba está allí mismo: poco más abajo de Santa Cruz de Mieres, en el inicio de la carretera actual a Figareo, está La Cruz de los Caminos (conjunto de casas hoy, barrio de Uxo): es decir, la encrucijada de los valles, que denota el estadio anterior al topónimo puro, sin Santa alguna todavía. En principio, lat. CRUCEM (horca, palo en forma de cruz).

*La Cruz del ciegu, no por casualidad, junto al Vatse la Muyerona*

Efectivamente, entre aquellos altos cimeros y escarpados del bosque de Valgrande, justo en la encrucijada de senderos hacia la vertiente leonesa y a la vertiente asturiana, muy peligrosa en días de nublina ciega, están La Cruz del Ciegu (sobre la vaguada que desciende al Fasgar), y El Vatse la Muyerona (justo el valle húmedo y de piedra suelta, zona de lamas cimeras donde nace el río Valgrande).

De la conjunción verbal de ambas palabras comunes (*ciegu* y *muyer*) en su origen remoto, la interpretación popular fue transformando el significado geográfico hasta llegar a dos palabras de la lengua común sin relación semántica alguna con la significación original. Simple etnolingüística toponímica presente en tantos otros procesos de evolución. Lat. CAECUM (ciego, sin vista); latín MOLLEM (blando) aplicada lo mismo al suelo húmedo, trémulo, que a un suelo de piedra suelta que se deshace en polvo y lodo con el agua; suelo *mutsar*.

En concreto, La Cruz del Ciegu es un paraje en pequeña vaguada alta, ligeramente empozada casi en la cumbre, que no se divisa desde ningún lugar del puerto a la falda. Es un

espacio simplemente ciego: que no se ve desde ninguna parte más fondera, oculto a la vista en un contexto ganadero que, tiempo atrás, era de uso diario durante la estancia en aquellas brañas. Ello suponía un notable trabajo para los vaqueros que tenían que subir varios kilómetros desde el valle para comprobar si allí estaba su ganado o no. Un cruce de senderos, y un *mayáu*, en un lugar que no se ve, simplemente ciego.

Para los lugares ciegos, también hay varios topónimos, a parte de los citados: Valdiciego, Pandelosciegos ('el *pando* de los lugares ciegos'), El Llanón de los Ciegos, El Monte Ciegu, La Canal Ciega, Cuetu Ciegu... O El Ceacal (Llangreo), más dudoso. Penociego: en Villayón. Como se dijo, lugares semiocultos al paso de los caminos por el valle.

*Porque de moyar a muyer tampoco hay demasiados cambios*

Y porque los nombres casi nunca están solos. Da la casualidad que, justo a pocos metros, casi en la cumbre también, hay una zona muy lamiza con abundante piedra suelta, blanquecina, *oxiza*, tipo cuarzo, que no permite más vegetación que los escasos brezos y retamas, poco más que a ras de suelo. Allí nacen muy esparcidas las aguas del río Valgrande, en aquellas *tsamargas*, que poco a poco van confluyendo valle abajo para formar el afluente más alto y largo de lo que será el río Lena de Campomanes abajo. Este tipo de piedra suelta en suelo *lamizo* es en asturiano piedra *mutsar* (de molle, blanda), que se deshace hasta convertirse en barro, dejando suelos muy poco aprovechables para pastos del ganado, malos, escasos, muy poco gratos a los ganaderos.

La combinación Ciegu (el lugar oculto) más este tipo de piedra blanda, o con suelo movedizo (muy húmedo, trémulo), iría transformando la voz occidental *moyar*, *mutsar* (lat. MOLLIARE, mojar, ablandar), en una leyenda con un *ciegu* y una *muyer* por el medio. Porque de *moyar* a *muyer* y a *muyerona*, ya sólo había un paso.

La imaginación suelta en las horas vespertinas de las cabañas construyó lo demás:

Que un ciego se vio perdido en aquellos altos inhóspitos un día invernal de niebla en las *mayadas*. Lo encontró una astuta mujer, vaquera de aquellos altos de Cuayos, lo engañó con falsas promesas de hospedaje, lo llevó a su cabaña, se burló de él... Tampoco te cuentan más detalles los vaqueros, pues –dicen– sucedió ya hace tantos años que ni los *güelos* saben lo que pasó realmente... Lo único que concluyen es que un pobre ciego fue víctima de una brava *muyerona* de la braña, dueña de los senderos por el verano y, sobre todo, en días de niebla sin nadie que pudiera vigilarla.

*Muchos siglos antes de la tele, también había que inventar relatos*

La historia, tan fantástica como bienintencionada, sin duda, connota sólo el deseo de dar al topónimo una explicación de cabaña al mor del fuego, con tantas horas muertas en aquellos días brañeros, sin radio, sin tele, sin móvil... Así surgieron numerosas versiones locales, tan fantaseadas a veces, con todas las horas del día y de la noche para cavilar sobre sus enigmáticos nombres pateados varias veces de la mañana a la noche; y al día si-

guiente también. Así, varios meses del verano con bajada semanal a casa, en el mejor de los casos.

En fin, una parte del paisaje verbal se fue construyendo en el tiempo con la fuerza de la fantasía literaria. Pocos relatos escritos ni otros documentos circularían al par del fuego en casas ni en cabañas: habría que conformarse con las versiones vespertinas de *güelos* y *güelas*, brañeros y brañeras, entre el crepúsculo y el sueño de la noche. En todos los casos, más que la explicación adecuada del nombre, interesa la preocupación de los nativos por las palabras de su tiempo y en su entorno (etnolingüística, etnotoponimia). De ahí la dificultad tantas veces de llegar a la raíz verbal en el inicio del nombre, siglos o milenios atrás.

La preocupación religiosa es evidente en muchos casos. La capilla de Santa Cruz de Cangues d'Onís es el resumen más visible de un topónimo entre los megalitos y la cristianización medieval de tantos vestigios preexistentes: sobre el mismo dolmen, se levantó una capilla cristiana.

#### 9. *Cuélebres, culiebras... La Fuente la Culiebra. Culebreiru, Culubréu.* lugares soleados

La preocupación, siempre más o menos didáctica, de los pobladores de un paraje quedó tallada en otras palabras y leyendas con funciones parecidas. Las versiones se irían completando y recreando por los lugareños a falta de otros relatos escritos paralelos. Es el caso de topónimos que aluden a supuestas *culiebras*, *cuélebres*, *tsagartos*, *tsagartesas*, *sacaberas*... Sabido es que los peligros de estos animalillos en el monte eran diarios, habida cuenta también del mal calzado que llevaban los más niños, sobre todo.

En cualquier senda, podrían pisar una víbora, beber en una fuente contaminada por alguna sacabera, poner la mano en una piedra en la que estuviera una culebra tomando el sol... Para prevenir esos peligros, los usuarios habituales de un paraje, buenos conocedores de los puntos donde se suelen colocar estos reptiles (lugares al saliente, cerca de manantiales, entre piedras calizas...), los señalaban con un nombre adecuado y tejían luego su pequeña leyenda con los detalles. Los niños tomarían buena cuenta con el topónimo y con las advertencias orales asociadas en cada caso a un suceso real o imaginado, siempre contadas por los *güelos*, y en la versión de cada *conceyu*.

#### *La preocupación por las culebras en ciertas épocas*

En otras ocasiones, el peligro de las *culiebras* se asociaba a las vacas de leche, en varias versiones. Por ejemplo, si una vaca aparecía con la ubre hinchada y dura, se decía que la había picado una *culiebra*. Si aparecía sin leche estando recién parida, se explicaba inmediatamente que la había mamado una *culiebra*. A veces, la leche era sacada a la vaca por otras personas o animales, pero pagaban la culpa las *culiebras*. En todo caso, las preocupaciones de los lugareños con las culebras se daban en otras muchas ocasiones, como recuerdan por ejemplo los refranes:

*“Onde canta una culiebra antes de abril,  
cúbrelo la nieve por venir”*



En muchos parajes el topónimo recuerda las culebras: Culebreiro, Sierra Culebrosa, El Culibriru, Las Escolobrosas.... Otras veces, alude al *machu*. El Cuélebre: fuente cabraliega bajo Sotres, con la arraigada leyenda de que a lo largo del año aparecen en torno al manantial misteriosos cuélebres y culiebras. Como en La Xerpe: la fuente de la serpiente. En El Cuélebre de Tsindes, a la entrada de La Foiz Grande por Campizo, dicen los quirosanos que se ponen al sol las culebras en aquella campera más bucólica sobre las mismas aguas del río, único espacio abierto que deja allí el hayedo.

Hay otros espacios parecidos: La Cabeza'l Cuélebre (peña lenense sobre Riospaso), junto al Seltu'l Diablo y frente a La Penasca Valdediós, no por casualidad sin duda. Valdecuélebre: braña en Cangas del Narcea; y Valdecuélabre, en Somiedo. La Fonte la Culuebra: manantial tevergano sobre Taxa, del que nos dicen los vaqueros que no se puede beber el agua porque es mala. En la zona de Picos, sobre El Cares, encontramos La Canal del Cuebre, El Coláu Cuebre...

*El lenguaje del suelo como aviso, como presagio, como cuidado en el campo...*

En definitiva, culebras y cuélebres, machos y hembras, estaban en el lenguaje diario de los lugareños conocedores de cada punto de su territorio pateado: da la impresión que los mayores advertían a los nietos del peligro de sentarse sin más precauciones sobre la yerba en un paraje soleado y tentador; o de beber apresuradamente en una fuente frecuentada por culebras. Tal vez, en ocasiones una fuente de mal agua, demasiado fría, para que no se bebiera, se decía que era fuente de *culiebras*. Como se dice la planta las *culiebras*: plantas venenosas simplemente.

Otras veces, el nombre del paraje podría advertir de la necesidad de fijarse en las culebras pues anuncian el tiempo, sus cambios... O de precaver a los aventureros en la caza de tesoros ocultos en las cuevas, de que estaban guardados día y noche por cuélebres o dragones, de forma que no sería fácil sacarlos a la luz del sol. Casi siempre, topónimos con función didáctica.

#### 10. *Los lobos, los tsobos, el hombre-lobo, los pozos lobales, pozos choberos. El Pozu los Chobos.*

Otra pequeña antología oral se fue tejiendo con las leyendas loberas, y creciendo en las horas vespertinas y tiempos muertos de los pueblos, durante tantas noches largas en los hogares de antes: los *güelos* y *güelas* procurarían advertir a los *guajes* de la necesidad de ser bueno y obediente en casa, y de no arriesgarse demasiado en las aventuras y cuidados del ganado en el monte. No alejarse de su función como pastores, ya desde bien pequeños. Cuidar los animales, no separarse de ellos, estar atento a los peligros que siempre rodeaban más o menos las caserías del monte, las cabañas y mayadas del puerto. En otros casos, podrían encontrarse con el mal paso ante los lobos.

Destaca, por ejemplo, la leyenda lenense del Puzu los Tsobos de Xamixé:

Cuenta la voz oral de aquel niño que, de travieso que era, se convirtió en lobo, no por casualidad, tal vez, sólo desde que era pequeño hasta que cumplió la mili y se hizo mozo. Ciertamente, la desesperación de la madre con sus travesuras, explotó un día y le dijo desesperada:

*-¡Malañu te convirtieras en tsubu, na más que fuera hasta dequía quince años!*

Y la madre –continúa la leyenda- se vio compensada por una ausencia del hijo travieso durante unos cuantos años que la dejaron en paz: el niño, con la maldición recibida, salió corriendo por la puerta, se escapó de casa, y dejó de serlo, asociado a una manada de lobos en el monte. Andaba en sus *fechorías* por el contorno, que conocía bien, pero actuaba a medias entre el animal y el hombre. Corría como los demás lobos en las batidas que les hacían los vecinos, pero sumaba además la astucia del humano: era enemigo a cazar por los lugareños, pero seguía con sus burlas de antaño. Nunca lograban atraparlo en el pozo de la trampa.

Finalmente -termina la leyenda-, un día aquel niño travieso se presentó a la madre de nuevo en casa:

*“Foy pasando el tiimpu –contaba Manuel d’Armá-, y xusto a los quince años, entró pe la mesma puerta de la casa un muzu con pinta de serviciu militar cumplíu:*

*-¿Nun me reconoces, ma?*

*-¡Non! -contestó la madre.*

*-Pues soy el to fíu mesmu convertíu en chubu, y ya con la pena redimía: aquí tienes, como prueba, quince pelos arrancaos del pechu: los que me fueron saliendo, unu per cada añu.*

*-Ahora caigo yo -dijo la madre-: yeras tú el chubu aquel que siempre en las batías saltaba percima del Puzu Foz: yeras tú el condenéu que lu conocías bien”.*

Con la resolución final del castigado (la vuelta al aspecto humano de nuevo), tal vez la voz oral de los *güelos* enseñaba algo a los nietos: que si uno se comporta muy mal de pequeño y da mucho la lata a la madre, puede convertirse en lobo, llevar una vida muy dura por los montes, y, sobre todo, no ser ya un niño feliz jugando con los otros del pueblo. Perderá su adolescencia hasta que entre en razón y sea más responsable, pero sólo una vez que pase por la instrucción militar en los años correspondientes. Eran otros tiempos.

*Los cuentos de terror también son antiguos, y hasta gustarían a los niños*

En otros casos, el lenguaje toponímico con referencia a los lobos recoge la preocupación tradicional de los lugareños en su lucha diaria con los depredadores del monte: vigilar sus costumbres por los altos, sus pasos estratégicos, sus guaridas, sus parajes preferidos para las trampas en los pozos... Con todos ellos se fueron formando también diversas leyendas orales: encuentros de noche con los animales, horas de angustia encerrados en una cabaña con los lobos merodeando alrededor desde el atardecer hasta el alba bajo una espesa nevada... Muchas leyendas en este campo por los pueblos, cada día más desdibujadas.

Hasta se dramatiza la escena de un supuesto soldado que regresaba a casa de permiso, pero había caído una gran nevada todo el día. Obsesionado con ver pronto a su familia se arriesgó a cruzar el monte. Al día siguiente –termina la voz oral- sólo aparecieron las botas que llevaba de la mili...

Esto debía impresionar mucho a los niños ya desde bien pequeños, que tomarían buena nota de las advertencias de sus mayores cuando anduvieran fuera de casa.

*No arriesgarse de noche, volver pronto a casa...*

Destaca especialmente la advertencia de los lobos en la noche, cuando se recordaba cómo suponían un peligro real, incluso aunque uno no se encontrase directamente con ellos de paso.

Y así se decía todavía hasta hace poco en los pueblos que, caminando de noche por un monte, si había un lobo en el contorno, el cuerpo lo notaba hasta de lejos por el tacto de la piel: se *arrespi-gaba* sin saber por qué.... Y siempre se repite la misma estructura del relato: que el lugareño iba caminando tranquilamente, cuando toda la piel se le puso de gallina, se le erizaron los pelos y comenzó a temblar sin razón alguna para ello. Así caminó hasta casa sin ver lobo alguno alrededor, pero al día siguiente estaban marcadas las huellas sobre la nieve o sobre el barro, pues el lobo lo había seguido hasta la entrada al pueblo.

Muchas escenas, siempre más o menos fantaseadas, circulan por cualquier cabaña o casa a la falda de las montaña; con la desaparición de los mayores, se van estas creaciones orales también.

*Los pozos lobales, los fosos de las trampas para la caza*

Finalmente, quedan los *pozos de tsobos* (pozos lobales de otras regiones) en numerosos puntos estratégicos de los montes (los chorcos del oriente asturiano): esos fosos bien contruidos en piedra tallada y fina, a los que se conducían los lobos con artimañas estudiadas para hacerlos caer en la trampa y pasarlos luego por los poblados, recibiendo a cambio aplausos, regalos y algunas monedas en pago por haber eliminado del paisaje un peligro más sobre los animales domésticos. Eran otros tiempos también, cuando la muerte de una simple oveja, de un ternero..., suponía un serio drama familiar.

En su conjunto, las diversas leyendas en torno a los lobos y la noche tendrían diversas interpretaciones por edades. Los más pequeños deberían tenerlas en cuenta para ser buenos, que no hicieran travesuras, que se durmieran pronto, que no salieran lejos del poblado al atardecer... Los jóvenes mozalbetes tendrían cuidado de no trasnochar demasiado en los días de fiesta del pueblo vecino, pues las horas de farra les podían conducir por los senderos del monte a un peligroso encuentro con los lobos. Hasta la advertencia serviría para los casados, que, por más razones, habrían de dejar las juergas mucho antes de oscurecer, y, sobre todo, cuerdos todavía: no fueran a encontrarse borrachos con los lobos y no poder defenderse.

11. *Aguas, fuentes, fontanes, manantiales diversos... Xanas. La Fuente la Saluz, La Fuente'l Fierro. Los Siete Caños, La Fuente Santa. El Desfiladeru Les Xanes...*

Otras supuestas *muyeres* de los montes y los bosques siguen animando los parajes asturianos aunque sólo sea traducidas a nombres de un paraje. La vida diaria de los lugareños, obligados a ponerse en camino antes de que rompiera el alba, hubo de alimentar una imaginación muy fantaseada a veces, a medias entre el miedo a la noche y la ilusión por encontrar de día con quién hablar siquiera entre tantas soledades lejos de la casa. O de encontrar de sopetón la vaquera o la pastora con la que había soñado unas horas antes.

Ya desde bien niños, luego de adolescentes y de bien mayores, los nativos madrugaban cada mañana camino de las caserías del monte o de las brañas, según la estación del año. La rutina cotidiana los llevaba a diario junto a las fuentes, por la función imprescindible que tenían éstas en aquellos entornos bastante más naturales, tantos siglos antes de las conducciones de agua modernas (cañerías de plástico, depósitos móviles...). Las fuentes eran lugar de muchas coincidencias: saciar la sed, asearse junto a cuadras y cabañas, localizar ganados, acechar alimañas, sanear animales enfermos, regar las fincas...

Por ello se fue construyendo esa estructura oral de tantas leyendas sobre apariciones de bellas mujeres sorprendidas también lavándose, peinando rubias cabelleras, esperando presas de caza... En los relatos, siempre hay un ávido lugareño que se acerca cauteloso, contempla la escena a una distancia prudente, admira siluetas semidesnudas, imagina en riguroso silencio, acecha y espera... Y siempre con un final repetido: cuando la ninfa fortachona se percibe del curioso, recoge apresurada sus escasos enseres (el peine, las flechas de la caza, las sandalias doradas...) y se esfuma de la fuente por una senda enmarañada del boscaje entre la ligera bruma que se forma al murmullo del manantial o del arroyo.

*Los mitos de la salud, la fecundidad..., en épocas lejos de otros remedios*

En otros casos, las fuentes son puramente saludables: el mito de la salud. Mucha fe siguen teniendo los lugareños en algunas fuentes del pueblo o de los montes: suelen decir que son buenas para abrir las ganas de comer, para limpiar el hígado, para la sangre, para la anemia... En ocasiones son manantiales de aguas más o menos ferruginosas, de sabor fuerte, que sacian tanto la sed y la sensación de estómago vacío: dicen que llevan hierro y que, de vez en cuando, hay que tomarlas a lo largo del año. Otras veces, son más bien aguas calizas, por lo que decían que eran buenas para los guajes más pequeños y para los *güelos*. Hay Fuente la Saluz en varios *conceyos*.

Especial renombre tomaron algunas aguas como medicinales en su concejo, en la comarca, o en la región entera. Es el caso de Fuensanta, Ques, Cuevas, Borines... Hasta cuentan historias de que eran aguas medio milagrosas. Se suele añadir la anécdota del moribundo que, como último remedio, pedía un vaso de agua de su fuente preferida en torno al pueblo o a la cabaña, y un familiar se la traía como último deseo. La fe en las aguas.

O el mito de la fecundidad. Es el caso de La Fuente de los Siete Caños, la que está bajo la Cueva de Covadonga: con frecuencia se observan jóvenes y menos jóvenes que van

bebiendo progresivamente forzados, caño por caño, hasta llegar al último, en la creencia de que dentro de ese mismo año se enamoran y se casan, como dice la copla:

*“La Virgen de Covadonga  
tiene una fuente muy clara:  
la niña que de ella beba  
dentro del año se casa”*

*La fuente Santa de Bendueños: la imagen de la virgen que encontraron unos segaores*

A veces a un tipo de fuentes consideradas medicinales, se les llama La Fuente Santa, sin más. Es el caso de La Fuente Santa (bajo Bendueños, Lena): manantial bajo el santuario, con toda una leyenda detrás, tramada por los lugareños, según la cual, un día de gran calor, cuando unos segadores se fueron a refrescar, encontraron la imagen de una Virgen en el manantial que bien conocían y apreciaban por sus aguas. Hasta se decía a los guajes pequeños, y no tan pequeños, que había que beber de aquella fuente, porque el agua “sabía a anís”. Bien lo recuerdan los mayores de hoy.

Y ahí comenzó la trama de la leyenda, tal vez para resaltar su valor en la disputa por parte de los transeúntes y usuarios del manantial. Situada la fuente en el camino de Bendueños a Campomanes, y en una finca privada, tal vez en algún tiempo, los vecinos de ambos pueblos cuestionaron la propiedad y exigieron su uso público, al lado de un camino principal como estaba (el *camín francés* del Güerna).

Entonces los de Bendueños idearon la leyenda de la disputa por la fuente, en la que inclinaron a su favor la versión de los ganadores; decidieron que unos bueyes disputaran entre sí el transporte de la imagen misteriosa en la carreña; los de Campomanes presentaron unos bueyes muy fuertes, pero que no pudieron bajar la imagen a Campomanes (ni cuesta abajo, como era el camino); la Virgen no quería bajar con ellos; los de Bendueños presentaron otros bueyes más ruinos, pero que ya pudieron subirla al pueblo (y cuesta a riba); era la prueba evidente – concluyen los vencedores- de que la imagen de la santa quería subir a Bendueños.

Y allí permanció la Virgen en adelante, en el santuario actual.

*Picos de Europa, unos parajes y unos mitos de resonancias remotas*

En Los Picos d’Europa, macizo de crestas calizas y rocas encrespadas en los límites de Asturias, León y Cantabria, nacen manantiales que forman arroyos hacia esas tres vertientes que divergen al Cantábrico y al río Duero: Cares, Sella, Deva, Esla... La raíz prerromana de la altura relevante, muy extendida en asturiano, se considera ya céltica, \**pikk-* (‘punta de montaña, peña’); se aplicó luego en muchas situaciones reales o figuradas.

De la otra parte, el origen del componente *Europa* ha de ser antiguo también: no puede proceder sólo de unos tiempos modernos. El nombre es más discutido, pero pudiera remontarse mucho más allá de unos navegantes venidos de América, o simplemente a su

paso por altamar. En tiempos remotos, picos tan señeros en la distancia y en su contorno, habrían de tener un nombre ya.

En principio, todo el conjunto de Los Picos está tejido con topónimos de varias divinidades: Táranos, Tarañosdiós, Vindiós, Deva, Llué..., traducidos luego a otros muchos con resonancias de algún modo religiosas. En definitiva, pudiera tratarse una vez más del mito eterno de lo inaccesible, traducido a la toponimia de unas peñas. De hecho llevan el nombre de Peña Santa, Jou Santu.

#### *Y unas raíces más allá del griego mismo*

En este contexto mitológico, tal vez Europa fuera una divinidad más en el conjunto de leyendas que con el tiempo fueron surgiendo en estas alturas tan escarpadas entre cántabros y astures. Allí está también la leyenda de la Peregrina que fundó el Llagu Enol. Según la mitología, Europa fue hija del rey de Fenicia, Fénix (Agenor), raptada por Júpiter una vez transformado en toro. La reina Europa sería llevada hacia estos picos más agrestes del Cantábrico (G. Mañana. *En torno...*, pp. 23 y ss.), donde se ocultó para siempre entre las nieblas de la leyenda.

Hay otras interpretaciones. Para Louis Deroy, el nombre de Europa designa una diosa griega de la que ya habla el poeta Hesíodo: una forma de Déméter (diosa madre), oscura diosa Tierra con la que se une Zeus, dios del cielo. En todo caso, *Europa* es el adjetivo griego femenino de *europos* (de color oscuro, sombra, negro). Así, Europa en la época griega arcaica era la región sombría, el ocaso, donde se pone el sol, el occidente, la entrada a los infiernos. A su vez, *europos* deriva de *euros* (negrura, maldad), de origen prehelénico.

#### *El aprecio del agua en las alturas: donde más se aprecia en verano, donde más se respeta en invierno*

Para otros, la raíz de Europa en Los Picos es simplemente hidronímica y al margen de la otra voz europea. Ciertamente, la preocupación por el agua en todas sus variantes (manantiales, lagos, truenos, rayos, tormentas, nieve, neveros hasta el verano...), debió estar en el lenguaje diario de los pobladores de las montañas tiempo atrás. Por esto, interpretaciones etnográficas más o menos recientes y con poca adecuación al entorno no parecen adecuadas a parajes tan impresionantes y duros para la vida humana, siglos y milenios atrás.

Por esto, el origen de la palabra sería bien distinto al de la leyenda: se trataría de una interpretación usual de la raíz *\*ur-*, más variante de *\*ap-* ('altura con agua'), de donde se formaría *\*Uropa*, en un principio (E. Martino. *En torno...*, pp. 95 y ss.), y *Europa* después por transformación popular. Según este autor, un mapa del s. XVI documenta "*de Uropa*" (Monasterio del Escorial), sin el error de interpretación de amanuenses posteriores en (*d*)*Europa*, *Europa*, definitivamente. La evolución en el contexto fónico de la expresión era inevitable –según Eutimio–, pues *Uropa* era raro y *Europa*, más familiar. El oyente foráneo pronto traduciría "*de Uropa*" con la preposición fundida y pérdida de consonante inicial, que exigía la voz europea por inevitable asociación. También Enol tendría la misma filiación hidrográfica.

*La leyenda de La Estrella de Enol, en Los Llagos de Covadonga*

Otros muchos topónimos y leyendas se refieren al agua en Los Picos de Europa. El agua debió ser tan necesaria en zonas calizas que los nativos le buscaron siempre un origen divino, con tintes a medias entre el premio y el castigo. Así se deduce de la fusión de varias versiones orales escuchadas a los pastores y pastoras mayores de La Vega de Enol. Coinciden en la trama esencial:

Una noche de tormenta con relámpagos y rayos, apareció una señora muy bien vestida que cruzaba La Vega muy asustada. Llegó a las cabañas temblando y pidiendo cobijo a las pastoras que había, pero se reían de ella por sus miedos, y todas le iban respondiendo al tiempo que le cerraban la puerta:

*-¿Miedo la emperigorotada, no lo teniendo nos?-le reprochaban con mofa las pastoras.*

Y le iban cerrando puertas, cabaña tras cabaña, con grandes risotadas. Pero llegó al final de La Vega, donde, en la más humilde, una pastora, igualmente muerta de miedo como ella, salió a su encuentro, y las dos lloraron asustadas buscando el calor de la lumbre. Al llegar a esta última cabaña, observó la pastora que una lágrima de la buena Señora caía sobre una margarita de la campera, al tiempo que partía la flor en dos. Entonces, entre el estruendo de los rayos, se oyó una terrible voz:

*-¡Nadie pisará ya más la tierra donde mi Madre lloró: hundida sea por siempre la vega de maldición! – era la voz de Dios...*

En ese momento, toda la vega que ahora cubre el Lago Enol, se fue llenando de agua con una gran tormenta que descargó toda la noche, hasta cubrir todas las cabañas, salvo la de la pastorina más hospitalaria que dio cobijo a la que resultó ser La Estrella de Enol.

*Y todo para justificar la necesidad de agua entre calizas donde resulta tan escasa*

Hay otras versiones con alguna variante más: por ejemplo, la que aparece por La Vega es una peregrina pidiendo limosna, que nadie le da salvo la pastora más humilde, etc. Pero el resultado es el mismo: aquella vega, antes sólo con cabañas, fue inundada por las aguas como castigo divino a los que no le prestaron ayuda. En fin, una explicación urdida por la leyenda pastoril, para las aguas de un lago, siempre en parte misteriosas en aquel contexto calizo, puesto que no hay un arroyo visible y abundante que las alimente de continuo, lo mismo que ocurre con el vecino Llagu Ercina.

Es evidente la intriga de la leyenda. De un lado, es una tormenta bajada del cielo por sorpresa y con gran estruendo, la que se convierte en una especie de diluvio, en forma de castigo a los pastores y pastoras por no haber dado cobijo a una peregrina de paso, la protegida de los dioses. De la otra parte, en compensación evidente, surgiría un precioso lago, que sería en adelante el gran abrevadero de los ganados de Los Picos; resultaría para

siempre una fuente inagotable para la vida de las cabañas, en una zona caliza tan escasa en manantiales.

Queda, en fin, ese misterio de la leyenda a medias entre el premio y el castigo simbolizado en el agua. Tal vez, de un lado el castigo divino les quita los pastos y las cabañas, pero les da agua, como signo de renovación, transformación, purificación..., del espíritu pastoril, para que, en adelante, los pastores no pensarán sólo en la comodidad bucólica de sus majadas y sus ganados, sino que se preocuparán también de los peregrinos de paso. Hoy mismo sigue en parte el mito de las aguas de Enol, transformado en ese acto que se repite cada ocho de setiembre, cuando unos montañeros buzos sacan a flote la imagen depositada todo el año en la profundidad del lago.

*Como en El Lago Isoba leonés: ¡...menos la casa del cura y la Pecadora...!*

Algo parecido a la explicación de las aguas del Lago Enol, ocurre con la leyenda leonesa del Lago Isoba, al otro lado del Puerto San Isidro. Se trata de otra zona igualmente caliza, en un puerto de montaña, con abundantes cabañas antes, y una larga tradición de pastores trashumantes extremeños, que animaron aquellos pastos hasta bien entrado el otoño, con sus espesos rebaños de merinas. En la memoria de los mayores nativos de Isoba (más de noventa años, Félix, Pacita, Sabina), sigue la tradición de que en el fondo del lago, en tiempos muy antiguos, había un pueblo que desapareció. En resumen de la trama oral:

Una mala noche de tormenta, pasó una peregrina (que luego resultó ser la Madalena) pidiendo posada, pero todas las puertas le fueron cerradas al contemplar su aspecto. Sólo el cura le dio cobijo en su casa. Entonces, en medio de la noche y de la tormenta que descargaba con fuerza, se oyó una gran voz atronadora:

*-¡Húndase Isoba, menos la casa del cura y la pecadora!*

Y todas las cabañas, menos la del cura, quedaron para siempre sepultadas por las aguas que dieron lugar al misterioso lago leonés, tal vez no por casualidad bajo otro de nombre significativo: El Lago Ausente.

Hoy la patrona de Isoba es, no por casualidad, Nuestra Señora de la Magdalena, precisamente. Finaliza la leyenda insinuando sin disimulo que todo el vecindario actual procede, por tanto, del cura y de la pecadora, a partir de aquel primer poblado inundado por las aguas, y trasladado, por fuerza, a su emplazamiento actual (a pocos metros del lago).

*El origen misterioso de otras aguas en litigio también*

Y dan estos vecinos, casi centenarios ya, más detalles que alimentaron la leyenda, recordando sus años infantiles. Por ejemplo, citan al famoso Tío Santones que, con su pareja de bueyes, sacaba maderas de pino del lago, talladas y todo, algunas con signos de haber sido quemadas –dicen estos mayores hoy-; incluso, restos de carros. Añaden estos vecinos que, según la voz de sus bisabuelos, algunas de esas maderas procedían de la costumbre antigua de levantar cabañas sobre el lago para defenderse de los lobos y demás fieras en el invierno. Así se van añadiendo otros detalles primitivos a las leyendas, como los palafitos en este caso.



También aquí, se da la circunstancia de esa procedencia misteriosa de estas aguas del lago: no se perciben fuentes ni arroyos aparentes que lo alimenten y conserven estable todo el año; no se ve entrar el agua. Por eso, según la voz oral, las aguas proceden del Lago Ausente, poco más arriba, bajo los altos del cordal de Cebolleda. Pero sigue la intriga: tampoco El Lago Ausente tiene río ni manantial visible que las mantenga más o menos constantes una estación tras otra.

De ahí lo de ‘ausente’: ni se ve desde ningún sitio, que no sea justo encima; ni se desvela sobre el paraje el misterioso origen de estas aguas. Por eso, los dos lagos intrigan siempre al vecindario dando lugar a las leyendas. El Misterio del Lago Ausente se continúa cuando *brama*: dicen los vecinos que el lago brama, resonando estridente entre las concavidades de aquellas peñas de Los Requixinos (*requexos*, pozas del terreno) y Sierra Blanca. Entonces, no falla: nevada inmediata asegurada.

#### *La disputa por las aguas del Lago Isoba y la parexa bueyes, una vez más*

La leyenda del Lago Isoba se continúa con la famosa pareja de bueyes, estructura repetida en otras leyendas para solucionar conflictos entre pastos y pastores limítrofes:

Dice aquí la leyenda que en tiempos remotos también, pasaba un carro tirado por bueyes, donde iba una hermosa princesa. Era un gran día de calor, por lo que los bueyes *moscaron* (les picó la mosca), se espantaron, el carretero nada pudo hacer por detenerlos, y se hundieron en el lago con la princesa dentro. Al poco tiempo aparecieron las perlas de sus collares en La Fuente Hermosa, sobre Illarga, justo en la otra vertiente de Isoba, la que da al sur y vierte hacia Lillo.

Y así dan su explicación de nombres los vecinos: la fuente se llama *Hermosa* –según ellos-, porque la princesa era muy hermosa. La realidad toponímica, en cambio, puede ser otra: tal vez, sin más una tierra soleada, orientada al sur, caliente en el invierno y primavera, mucho más temprana en flores y yerbas que la que da al norte, la de Isoba, más fría, más tardía. De esta forma, los pastos relucen más y son mejores al sol que a la sombra, y, en consecuencia, más valorados por pastores y ganados: una ladera más hermosa en contextos pasados de exclusiva dependencia del entorno. También cabrían otras explicaciones toponímicas, ciertamente, pero anteriores a la supuesta princesa. Pero para los vecinos era por la *hermosura*, claro.

En realidad, lo que parece latir en La Fuente Hermosa es, otra vez, la estructura repetida de las disputas por los pastos entre laderas distintas, a través de lo que decidan las aguas vertientes: si se demuestra que vierten a un lado, esos vecinos reclaman los pastos y el agua; si vierten hacia el otro, las reclaman los rivales. Como el Lago Isoba está casi al filo divisorio de la cumbre (no se sabe a dónde vierte), la leyenda parece reclamar el derecho de los pastores de Lillo a que sus ganados bebieran por lo menos en el lago, ya que la fuente parece que vertía hacia su ladera de Illarga también. En este caso, no hay disputa de bueyes entre sí, sino de bueyes que se hunden en pareja, pero que siguen decidiendo como testigos fieles en las disputas. Tal vez por su condición de pacíficos, poco dados a exaltarse, justos en decisiones nunca acaloradas. Los jueces sosegados del paraje.

*La explicación de un nombre antiguo a su manera, pero con la idea del agua*

Lo mismo en el caso de Enol, que de Isoba, ambas leyendas dan la impresión de que en la memoria oral llegada a los lugareños ya flotaba sobre ambos topónimos la idea del agua. Pero al perderse la claridad significativa de las palabras, habría que seguir manteniéndola, traduciéndola a los nietos, con interpretaciones razonables. Por eso se tejerían ambas leyendas para reinterpretar los nombres. En los dos casos, los poblamientos actuales surgieron del agua: de las inundaciones como castigo divino en forma de tormentas, pero al tiempo como forma de vida en adelante por trabajosa que fuera para los pastores. En el caso de Isoba, simplemente indoeuropeo, \*EIS-, \*ES-, \*IS- (agua). Y \*EN-, \*ON- (agua), en el Llagu Enol.

*12. Los pozos de agua, las simas profundas, los pozos de la nieve. El Puzu la Vachota, El Puzu Tsago, El Pozu las Muyeres Muertas, El Pozu la Nieve. El Pozu l'Alemán. El Pozu Funeres.*

Otro tipo de pozos dieron lugar a la creación oral con contenidos diversos, pero también en relación con el agua y los límites divisorios entre pastos por vertientes colindantes, siempre en litigio, por aquella necesidad extrema de tener que depender de la mañana a la noche, y del invierno al otoño, casi en exclusiva de la leche y del ganado. La prueba de los pozos con agua se consideraba decisiva: como queda apuntado ya, si se demostraba que el agua salía más abajo por la vertiente de un pueblo, los pastos pertenecían por derecho a ese pueblo; si se demostraba que el agua fluía para la otra vertiente, los derechos eran del otro pueblo. Muchas argucias y trampas circulan para inclinar cada uno las aguas a su molino, a su ladera en este caso. El pueblo vencedor tiene su versión a la medida.

Sirvan de ejemplo leyendas como la del Puzu Tsago (Lena), con versiones locales parecidas en otros *conceyos*. Podría resumirse así:

Una pastora, cuidando el ganado en una zona limítrofe de pueblos, cayó a un pozo, al intentar separar dos machos cabríos que se estaban peleando; y desapareció en el abismo de la peña; ni rastros se tuvieron de sus huesos en aquellos altos a medias con otros pastores de Zurea y de Quirós. Pero llegado el invierno y los deshielos, el agua hizo bajar sus corales a una fuente del pueblo que da al río Lena por El Reúndu y La Rasa. Era la prueba de la propiedad de los pastos arriba en el puerto: si los corales llegaron a la fuente del valle es porque las aguas de las cumbres vierten favorablemente por la ladera en propiedad. Y con ellas se acabó la discusión con los pastores vecinos. Desde entonces, todos quedaron de acuerdo con mejor o peor ceño –dicen los vencedores, claro.

*La estrategia de la poxa en El Puzu la Vatsota*

En el Puzu la Vatsota, la estructura en la contienda es parecida, aunque con otros ingredientes. No por casualidad, justo detrás está El Muñón del Agua, con larga tradición de

disputas veraniegas por los pastos, ahora entre leoneses y lenenses, a uno y otro lado de la raya. Por la vertiente leonesa, los pueblos de Robleo; por la vertiente lenense, los de Tras la Cruz y Los Pontones. Y así se tradujeron hasta hoy en la leyenda. Podría resumirse así:

Cansados ya de muchas discusiones cada verano por demostrar hacia dónde fluían las aguas del pequeño arroyo que se sume en la profunda sima del Puerto La Vatsota, unos vaqueros lenenses, en apuesta con sus vecinos pastores leoneses, idearon una estrategia: echaron *poxa* (cascarilla de la escanda) –dice la voz oral- en el *pozu* donde se sume el agua entre las vegas más llanas (indecisas en la corriente del pequeño riachuelo). Pero muy astutos los vaqueros, volvieron a echar *poxa* abajo (en Pancuyareo, zona ya lenense), donde supuestamente tenía que flotar de nuevo la *poxa* que habían vertido arriba, en tierra disputada.

Presentados en Foz (sobre Traslacruz) los pastores leoneses, para comprobarlo in situ, cuenta la versión localista que volvieron al puerto convencidos (no todos, sin duda alguna) de que *las aguas vertían pa Lena y no pa tierras de León*: abajo aparecía de nuevo la *poxa* falseada.

Seguro que entre los pastores leoneses la leyenda no inclinaría al mismo lado la balanza, ni las aguas. Cada uno cuenta su versión interesada, especialmente en unos tiempos obligados a vivir del medio... Pero el caso es que hoy, desde El Muñón del Agua al noroeste, las camperas son de Lena; hacia el oriente, de León. Y ya no se disputaron más los pastos en ese puerto.

*En otros casos hasta es un niño el que cae al pozo en la interpretación popular*

Los pozos del agua con función divisoria tienen otras bases también. Es el caso de La Peña Isongu, sobre el pueblo de Cangues d'Onís, zona abundante en fuentes (Fuente Cima, Fuente Arbeyu...). Pueblo muy húmedo en toda la *jondonada*, nos precisan unas vecinas. La Peña Isongu es divisoria con el valle de Llerices y La Riera, vertiente ya de Covadonga. Representa otra vez el valor del agua a la falda de las calizas, donde tanto suele escasear; lo mismo que L'Aguañaz: el nacimiento del agua, la madre del agua que va a Corao, nacida en El Güeyu l'Agua, El Güeyu l'Aguañaz.

En este contexto hidrográfico, se formaría la leyenda para justificar las aguas vertientes por ambos valles contiguos (el de Corao y el La Riera), entre los ríos Güeña y Deva, por tanto.

Según la voz oral, en El Picu la Sierra Isongu había un pozo donde se dice que cayó un niño; al poco tiempo aparecieron restos de sus ropas en las fuentes de Isongu (pueblo de Abamia). Era la prueba de que las aguas, y los pastos correspondientes pertenecían al poblado. Por ello, los mismos lugareños hoy relacionan el nombre con el agua, aunque ellos dicen que viene de *hongu*, porque es muy húmedo, como los suelos de los *hongos*... Interpretación popular evidente. Misma estructura de las leyendas en todas las disputas por el agua.

La referencia hidrográfica parece clara en el paraje, previa a la leyenda: tal vez de la raíz prerromana, o ya indoeuropea, \*eis-, \*es-, \*is-, en principio ‘rápido, impetuoso’, aplicada luego al agua. Segundo componente, más difuso, pero abundante en la toponimia asturiana. Posible raíz indoeuropea también, \*onk-, \*ongo/-a (< \*onnika), con los sentidos variados de ‘monte, montaña’, ‘agua, río...’ Sería el mismo sentido que García Pérez supone para el nombre de la vecina Covadonga (García Pérez. *Covadonga...*, pp. 23 y ss.), hasta ahora interpretado como ‘la cueva de la Señora’: que, en consecuencia, sería más bien ‘la cueva de la montaña, la cueva del agua’.

13. *Los hombres, los homes, los homones de la voz oral. L’Ombriichu. La Pena l’Ombre. La Pena l’Home, El Picu’l Paisano. L’Homón de Faro. El Mon(te) de Faro.* En realidad sólo sombras (lat. UMBRA)

A supuestos hombres famosos por alguna peripecia en el paraje recuerdan varios topónimos. En algunos casos se habla de hallazgos de grandes huesos encontrados, que pertenecerían a primitivos pobladores mucho antes de los pueblos actuales. Es el caso del Homón de Faro (Lena), en realidad, un monte alto (monte, *mon...*) desde el que se ve el faro de Xixón. La imaginación popular redujo fonéticamente el primer componente: de *monte* pasó a *mon*, por simple posición protónica; y de *mon* a *homón* ya hay sólo un sonido añadido más, con la grafía y todo para que la interpretación fuera más creíble.

En otros casos, el topónimo adquiere la forma castellanizada completa, lo que delata su propia incoherencia respecto a la forma toponímica asturiana esperable: es el caso de Ombre, Ombriitsu... (en asturiano sería \*Ome, \*Omiitsu). Suelen ser lugares sombríos (umbrosos), orientados al norte, o al noroeste, muy adecuados para el sesteo del ganado en el verano. Como eran muy vigilados por los ganaderos en los días de las brañas, el nombre fue reinterpretado también con el tiempo.

Sabido es que las sombras eran imprescindibles por las brañas bajo los calores del estío arriba: aseguran el sesteo del ganado buena parte del día, evitan su dispersión o alejamientos innecesarios para los dueños o para los propios ganados... La transformación fónica del topónimo sería inevitable, por tratarse de una raíz más bien culta con pocos derivados en asturiano. Desde UMBRA, a *ombra*, *ombre*, *home*, *ombrietsa*, *ombrietso*... Y a *hombre*, y a *home*, finalmente, en busca de una referencia más familiar, la evolución era inevitable; con *h* o sin ella, pues siglos atrás, incluso décadas, el topónimo montaraz (microtoponimia) casi nunca se escribía. Y hasta se llegó a *paisano*. Como El Picu’l Paisano, en Cuera, sobre Cavandi (Peñamellera).

14. *Las muyeres en las leyendas. El Pozu las Muyeres Muertas*

La interpretación popular fue transformando de forma paralela palabras del suelo en contenidos más familiares. Es el caso de las piedras, las simples piedras *oxizas* (tipo de cuarcitas), tan frecuentes en suelos de montaña, esos terrenos más bien blanquecinos, que se vuelven areniscos hasta convertirse en polvo y cemento, cuando se mezclan con el agua y se depositan estancados por un tiempo.

La leyenda con esta base está muy arraigada en el caso citado del Pozu las Muyeres Muertas. Los lugareños de los pueblos altos de Allande tienen su interpretación para las muyeres y para el pozu. Podría resumirse así:

Unas *vaqueiras* de Luarca, en el descenso de las brañas de alzada veraniegas a las brañas de invierno otra vez, se habían olvidado unas mantas y otros aperos en la cabaña; por ello, al final de la seronda subieron a buscarlas a los altos del Candal; les sorprendió una gran nevada –continúa la voz oral-, por lo que se metieron en el pozo a resguardarse; pero siguió nevando varios días, hasta quedar completamente sepultadas, de modo que ya no pudieron salir vivas. Cuando, subieron de nuevo los vaqueiros de alzada en primavera, allí, envueltas en sus mantas, las encontraron *muertas* bajo los últimos manchones del *neveru*.

#### *En el recuerdo y el aprecio al trabayu dobláu de la muyer vaqueira*

Esta interpretación del topónimo, urdida con el ingenio de tantas otras leyendas de la literatura oral asturiana, pudiera ser un buen ejemplo de la etnolingüística de un paraje. Y hasta es un honor para los lugareños de Allande y Cangas haber dado con esa explicación: tal vez un símbolo del aprecio social por la función de las *muyeres* en la trashumanza vaqueira, impropriamente asociada a los hombres, casi con exclusividad. Pues tiene el detalle de haber sido tejida no por los propios vaqueiros, sino por los *xaldos*: los de fuera, los que contemplaban cada año las peripecias de las vaqueras lejos de sus casas, en una serie de trabajos que parecían menores al lado de sus maridos, siempre más vistosos con las recuas y los ganados.

Los lugareños de los pueblos altos, bien sabrían del sacrificio de las muyeres vaqueiras también tras las vacas y las recuas por caminos y cabanas, y con los trabajos doblados para ellas: con la casa a cuestras la mayor parte del año (trabajo en el campo, cuidado de los hijos, del ganado menor, de las comidas...). Y, por lo visto, hasta con los rigores del invierno y de las nieves incluidas, como reza la leyenda en el topónimo. Por lo que se deduce de la voz oral, los hombres descansaban en su estancia invernal; las muyeres, en cambio, volvían a las brañas altas, aunque fuera para traer unas simples mantas olvidadas por el verano. La leyenda tiene su toque feminista auténtico, en el sentido etimológico de la palabra.

#### *El rostro femenino de la montaña*

La interpretación femenina de la montaña sigue en otros parajes, como en El Vatsé la Muyerona, *El Picu la Muyerina* (valle lenense de Muñón). Es el picacho alomado sobre L'Arquera, donde se dice que fueron hallados los restos de *una muyer texendo tsana, con la rueca y el fusu ente las manos* (expresión de la zona). Cuenta la voz oral que la *muyer* estaba enterrada en posición de cuclillas, pero sin soltar los utensilios de *filar* con los que había muerto en las manos. El relato resulta de particular interés, por encontrarse justo encima de L'Arquera, posible yacimiento de megalitos, ya casi en el límite con el valle de Riosa. O La Ninina de Seralba: figura de niña que, vista de perfil desde el pueblo de

Fresneo y Fierros (Lena), parece la silueta de una joven mirando de la sierra al valle. El Fusu la Muyer, en Ponga: bajo El Tiatordos, ladera de Ventaniella.

En algunos casos la imaginación popular convirtió una simple roca más o menos estilizada y esbelta (más delgada arriba, ligeramente cóncava en el medio, más amplia abajo), en una figura de mujer. La metáfora toponímica que se extiende a tantos otros campos antropomórficos: Cabeza Jana, La Garganta, El Diente Urriellu, Pieferriru, La Boca los Asprones...

15. *Los toros, los güeis, los bueis, los bueyes... Turutsán, Torones, Toroncietsos, Güey Muirtu, Buey Muerto. L'Oral* (entre Tameza y Proaza).

El toro de la *maná* fue, y en parte sigue siendo, todo un símbolo del paisaje ganadero: el toro era admirado en la braña especialmente, cuando los más pobres, los que no podían alimentar toro, veían que las vacas podían quedar preñadas de toro gratis, y obtener ternero. Queda la copla escuchada en alguna *cabana* vaqueira:

*“Ya mandéi las rapazas pal puertu  
pa que las becerras preñaran tempranas:  
ya baxaron las becerras manías,  
ya las rapazas preñadas”.*

Por esto, el toro fue siempre símbolo de riqueza, de poder, no sólo por el respeto que impone en el territorio acotado de la braña, o con sus *turutsíos* que resuenan de loma en loma, sino porque al toro sólo lo podían alimentar y mantener los más pudientes, con muchas vacas, muchas fincas, muchos criaos... El toro era símbolo de referencia obligada, traducida al lenguaje toponímico por asociación figurada de los lugareños, en ocasiones a partir de otras raíces prerromanas sin nada que ver con el animal.

El toro hasta se supone relleno de oro y de tesoros en algún caso cuando se muere, como recuerda la otra copla:

*“Bajo el Siirru de Padiirnu...  
en una piel de toro...  
se encuentran escondidos  
los tesoros de tres reis...”*

*Entre \*twr- (altura), y toro; o entre el podio y el buey, tampoco hay tanto en la fonética*

En realidad, y en la mayoría de los casos, sólo se trata de otra ilusionada interpretación popular. Los lugares nombrados con la voz toro suelen estar en pequeño altozano, vistosos desde ambas vertientes de la ladera, apacibles, productivos... Las voces primitivas eran del tipo indoeuropeo \*TWR- (altura), que dio tantos otros topónimos: Turiel, Toriezo, Toral, Torones... El paso de \*tur- al familiar toro es evidente, con poco más que un par de sonidos vocálicos de diferencia.

En otros casos, el toro se vuelve *güey*, *güe*, buey, con palabra común que nada tiene que ver tampoco en su origen con el animal. La combinación sobre el terreno de otras palabras adecuadas al paraje facilitaron los contextos propicios para la transformación definitiva en la interpretación popular. Por ejemplo, en la expresión toponímica del tipo Buey

Muertu, Güey Muertu, El Mayéu'l Güey, Boimorto, y tantos otros, algunos tan estudiados por J. M. González.

*Del simple podio, a la piel del buey llena de tesoros*

Este tipo de parajes suelen ser también altozanos relevantes que se contemplan nítidos en la distancia, y que marcan valles profundos a veces, con sendos pueblos al fondo en sus respectivas laderas. Casi siempre se trata de la voz latina PODIUM (cultismo hoy), combinada con *muerto* (inerte), en su acepción asociada (de nadie); describiría al principio un simple alto a medias entre dos pueblos; pastos ni de unos ni de otros; aguas vertientes que no están claras ni para una vertiente ni para la opuesta. Muchas disputas causaban estos espacios a medias, sin una ley escrita para su propiedad, fuente de tantos conflictos en los días de verano sobre todo. Sólo el derecho consuetudinario.

Con el paso del tiempo, y con la familiaridad del ambas voces, lejos ya de su sentido original, sucesivos lugareños distanciados en el tiempo las reinterpretaron por su cuenta y crearon la leyenda:

que en el alto famoso de Buey Muertu, en tiempos remotos, fue enterrado un gran toro lleno de tesoros, que nadie todavía pudo encontrar en el contorno hasta la fecha... Pero que allí tiene que seguir enterrado –insisten algunos lugareños mayores, sin duda ya un poco menos convencidos que sus *güelos o bisagüelos* de antaño.

*Los supuestos toros como símbolo de la fuerza animal, en sustituto de la fuerza humana: el cumplimiento de la protección divina*

Otras muchas versiones de topónimos con estas bases continúan mitificadas para explicar litigios entre vecinos. Son leyendas que, al modo de los pozos, intentan justificar por qué una vega de buenos pastos pertenece a una parroquia y no a la otra, sin aparentes diferencias en el derecho a los pastos. La estructura siempre es la misma:

los usuarios actuales justifican el usufructo hasta la fecha porque un toro suyo, siempre más débil que el contrario, ganó al toro vecino, mucho más fuerte y con todas las de ganar.

La conclusión es evidente: si el toro ruin, con menos posibilidades físicas, fue capaz de hacer retroceder al toro poderoso hasta los confines de su parroquia, será porque disfrutó de una fuerza superior (casi milagrosa, mágica) que demuestra la razón del más débil en el contorno. Y si el débil gana es por influjo divino: nadie en adelante podrá dudar de la legitimidad de unos pastos. Tema zanjado y cerrado por fuerzas superiores que todo el mundo ha de respetar como sagradas. El derecho consuetudinario los haría cumplir como si estuviera escrito en los documentos: la fuerza de la palabra dicha por unos vecinos, palabra divina en este caso, sería de obligado cumplimiento en adelante. De hecho, los límites de esos pastos siguen en la actualidad.

*El toro ruín de Tameza que venció al toro más poderoso de Proaza*

Así se formaría con el tiempo otra de tantas versiones localistas, como la de los *tamezanos*, los que disfrutaban ahora de los pastos de Cuallagar, en litigio con Proaza:

Según la versión escuchada en Yernes y Tameza, los vaqueros de Proaza, conceyu mayor y de posesiones más ricas, para impresionar en la disputa por los pastos de Cuallagar, presentaron un toro muy fuerte, muy cuidado y grande, en apariencia con pinta de triunfador. Estaban convencidos de ganar. Los de Tameza, conceyu más reducido en pueblos y en yerbas, llegaron con un toro más *pequeñu, casín y foscu* (de *focicu claru, roxu*, huraño, de mal pelaje), con todas las de perder. Se mofaban ufanos los de Proaza, acariciando retadores el lomo de su bestia preciada y noble.

Colocados los dos toros frente a frente en medio de la campera lisa de Cuallagar, comenzó la lucha de los dos contrincantes. En la primera embestida, el toro de Proaza subió al de Tameza hasta los altos de Piedradada (terreno de Tameza), al oeste de las camperas; pero en la revancha, el toro ruin de Tameza, lleno de coraje, hizo retroceder al poderoso *güe* de Proaza hasta los altos de L'Oral (al este de las camperas).

Se volvieron eufóricos los propietarios del toro ruin, mientras que desfilaron cabizbajos los de Proaza camino de sus pueblos respectivos, con su gran toro igualmente abatido y humillado por aquél famélico rufián, lleno de fuerzas sacadas de tanta flaqueza...

El caso es que allí, en la loma de L'Oral (latín, ORAM, orilla, borde) quedó fijado, por tanto, el límite definitivo de los pastos en adelante. Y se acabaron las disputas. La leyenda sigue muy arraigada entre los vaqueros vencedores, claro. No tendrían que discutir ya más ni los toros ni los vaqueros.

Y en consecuencia, se formó el topónimo correspondiente: L'Oral, es decir, el límite (lat. OS-ORIS, 'borde, límite'). Parece la raíz también de otros parajes divisorios, como Los Óleos, entre Llaviana y Aller... Los Consorios (tal vez, *\*cum suos oreos*): límite entre las buenas vegas de La Vega'l Rey y La Vega'l Ciegu (Lena), en unos tiempos sin duda también en disputa cuando eran tierras sembradas en este caso. Los límites eran imprescindibles, una vez más.

*Como otros muchos supuestos toros enfrentados para que no intervinieran los humanos*

En el segundo caso, el de Vicenturo (Teverga), se da una estructura parecida: el toro de Santianes fue vencido por el toro de Campietso, pueblo poseedor hoy de los pastos. Por eso definen Vicenturo como 'toro vencedor'. En realidad, pudiera tratarse de una interpretación más con otras bases posibles: *\*IBAICA* (vega); o latín VICEM (ver, turno), más *\*TWR-* (altura), es decir, vega de la altura, vega buena, junto a las otras vecinas de La Veiga Prao, La Veiga'l Cueiru, La Veiga Urdiales... O pastizal de altura distribuido por vecera, por turnos, comunal.



Hay otras explicaciones, como la expresión romana *VI Centuria*, que interpretan otros (menos probable, pues la mayoría de los topónimos escritos proceden ya de fuentes orales, no al revés; primero las raíces habladas, las de los nativos; los documentos, las normas, después). Caben otras interpretaciones, pues no hay una última palabra en este punto.

#### *Y de Vicenturo, a San Vicente, la reinterpretación cultural*

En todo caso, quedó el topónimo en la interpretación figurada de los lugareños. Y quedó tan arraigado, que los propios vecinos lo siguen reinterpretando en el dos mil: desde hace pocos años, unos cuantos entusiastas de aquellas brañas tevergananas celebran allí la festividad de *San Vicente*, con un santo y todo que encargaron como imagen para guardar en una pequeña cueva. Hasta se llegó a la versión religiosa del paraje una vez más.

Versiones semejantes por disputas parecidas entre pastos contiguos, se oyen en otros conceyos asturianos: por ejemplo en Amieva, la pelea de los *güés* en La Mayada Toneyu, para los límites con Sajambre. Y en tantos otros conceyos, donde hubo lugar a disputas parecidas por aguas vertientes y, en consecuencia, por los pastos. Son casi todos los parajes que llevan nombres como Güey Muertu, El Cochéu Muirtu, Boy Morto.... En el mismo cordal de Cuallagar y L'Oral está El Picu Güey Muertu, un poco más al norte, sobre Vendillés y Xoncéu, en este caso en la divisoria de Yernes y Tameza con los pastos de Grao. En el mismo espacio del puerto, L'Oral (límite) junto a Güey Muertu (límite). Los nombres casi nunca están solos.

#### *16. Xuegos. El Xugu la bola, La Bolera los Moros.*

Muchas historias escuchamos también en las cabañas sobre famosas boleras (a veces hasta de oro), lo mismo en torno al pueblo que en torno a las mayadas: no suelen faltar topónimos con esta referencia en cada puerto. Conocido es El Xugu la Bola, en el paso de Piedra Xueves a Las Morteras de Saliencia. Y tantos otros.

En otros casos hasta se enraíza la bolera con los moros: se dice que la bolera última era ésta o aquella, pero que en realidad la bolera auténtica, la de oro, estaba en un lugar más alto del monte, donde los moros se escondían. Allí jugaban ellos por las tardes hasta que fueron expulsados, y en su huída no pudieron llevar ni los bolos ni las bolas, razón por la que ahora permanecen enterrados en algún lugar secreto del contorno hasta que alguien dé con ellos. Como en otros casos del oro y los tesoros, se dice que los moros los habían escondido de tal manera que nadie los pudiera encontrar, pero con la esperanza de que, si un día lograban volver, sólo ellos pudieran localizarlos intactos. Los tejidos orales de las leyendas no dejaban cabo suelto.

En estos casos, la bolera los moros pertenece a un conjunto histórico más amplio: suele estar bajo un *castillo, castiellu, castiitsu*, castro... Y suele completarse la leyenda con otros hallazgos: una flecha, una cazuela, un anillo de plata...

#### *17. Las cuevas.*

Son otra fuente de tantas pequeñas leyendas en los pueblos cercanos. Las cuevas son lugares misteriosos que siempre intrigaron a los pobladores. En ocasiones dieron lugar a san-

tuarios como el de Covadonga, del que la leyenda justifica su arraigada tradición de ayuda al peregrino, al perseguido... La Virgen también apareció aquí en forma de imagen:

Dice la voz oral que el noble Pelayo perseguía a un malhechor que se refugió en una cueva del Monte Auseva, el que se extiende sobre La Cueva hasta por encima de Orandi. Cuando ya iba a apresarlo, apareció un ermitaño que custodiaba en ella una imagen de la Virgen, y le pidió que le perdonase la vida, porque tal vez algún día él mismo necesitase la ayuda de la Cueva. Y así lo hizo el noble, con todas las interpretaciones de la Reconquista y de Pelayo que se formaron después en relación con La Virgen de Covadonga.

Las leyendas sobre las cuevas son incontables, con referencias de todo tipo: *habitantes primitivos, refugio de los moros, apariciones de santos y santas, vida recogida de ermitaños, estancia lugareños huidos del pueblo, o castigados por algún delito; lugares de culto en las brañas, lugar seguro para salvar imágenes religiosas en tiempos de guerras, historias de desaparecidos en sus aventuras por las simas interiores...* Sería larga la antología de relatos en torno a las cuevas, siempre más o menos fantaseados y modificados de un lugareño a su vecino.

#### *La Cueva Viguinatsarga: la obsesión de Jesús Suárez*

Destacan especialmente las versiones relativas a los tesoros escondidos. Sirva el ejemplo de La Cueva Viguinatsarga, en los altos de Valgrande, sobre la misma Autopista del Güerna. En los años sesenta era tema frecuente en la prensa asturiana, con los famosos artículos de Costantino Rebusiello en La Nueva España. El grupo cordobés de Espeleología, Gulmont, guiado por estas noticias hizo un precioso y detallado estudio geológico, con sus mapas interiores y todo, que dignifican gratamente la cueva. Una placa conmemorativa sobre la entrada a la cripta, a nombre de este grupo, Gulmont de Córdoba, rinde homenaje a tantos años de trabajo ilusionado de un minero, aunque nunca hubiera dado con el tesoro rebuscado.

Todo había comenzado con un minero de la zona, José Suárez, que llevaba invertida toda una vida de veranos en la braña, gastando muchos tiempos y cuartos en perforar paredes, abrir grietas entre las rocas interiores, o descolgarse por galerías y recodos, cruzar lagunas..., convencido de que el tesoro que precisaban gacetas y adivinos, tenía que seguir allí. Incluso en su lecho de muerte, allá por el año 42 -recuerda uno de sus hijos- manda ensillar su caballo para volver a la cueva. Como no ya no puede subir, se pasa sus últimas horas conscientes, explicando a sus herederos el lugar en que el tesoro tenía que estar por fuerza. Parece que sus últimas palabras fueron:

*-Hijo, vete a buscarlo y no tendrás necesidad de volver más a la mina”.*

En fin, una estructura legendaria entre tantas otras que durante siglos resonaron entre los altos de las montañas, alimentadas por toda una cultura oral, transmitida *de padres a hijos* y *de güelos a nietos*, con la ilusión de llegar un día a ricos, y dejar la vida dura de las vacas y las cabañas.

*18. El culto al suelo, los lugares buenos; los dioses las diosas, los ángeles, los santos, las santas... El río Santagustia, Santa Cruz, La Fuente Santarrúa...*

Todo lo contrario del peligro, designan nombres divinos, divinizados, sacralizados de alguna forma, a menudo justo al lado o frente a sus contrarios (los señalados como malignos). Así, en los altos alleros está La Canga Dios, frente a La Canga'l Diablo. Como es significativo el lugar de La Campa los Anxeles en el paso mejor del Puerto la Vatsota al Puerto Cuayos: dos bucólicos lugares próximos, de camperas espaciosas con buen tiempo, tantas veces animadas por ganados; pero muy peligrosas en las dos direcciones del camino, a poco que se cierna la niebla ciega casi todos los días al atardecer sobre el inmenso hayedo de Valgrande, por una parte, y del Monte'l Blime, por la otra.

La humedad del bosque hizo tradicional la fama de estos puertos por su facilidad de perder los senderos aún en pleno día, si el cielo no escampa. La pequeña campera de la encrucijada, justo en la divisoria de estos dos puertos, podría haber llevado el nombre por su referencia a la seguridad protectora: cuando el caminante da con ella, ya está a salvo de perderse, pues las cabañas están próximas, justo allí debajo. Desviados de esta cumbre, los precipicios se multiplican por ambos laterales del puerto.

*Santagustia, Santarrúa..., la santificación angustiosa de una angostura, de una planta...*

El caso del río Santagustia (en Amieva): en realidad, el paraje sólo es una muy estrecha y boscosa angostura, que comunica Viegu con el valle fondero de Los Beyos. Durante siglos, el único paso menos malo entre las peñas y pendientes colaterales debió producir todo tipo de peligros, con la circunstancia añadida de los rayos y truenos que allí retumban estridentes en las tormentas. Cuando se abrió el camino de la foz, por el bosque, el soto, la comodidad habría de resultar especialmente grata a los lugareños de aquellos pueblos: el culto a un camino que salvaba de las penalidades anteriores.

De esta forma, a partir de un simple bosque junto al río (latín, SOTO), en una angostura del valle estrecho, se formaría la expresión *sota angosta*. Y desde ahí a Santa Angustia, el paso fónico ya era pequeño. De hecho el pueblo a la entrada de la foz se llama Soto. ... Aunque con otras funciones y urgencias, algo parecido puede ocurrir en La Fuente Santarúa, o Santarrúa, en Candás: la santificación de un bosque, o de la planta *rúa*... Tal vez, desde una primera y simple SALTUS RUTA, SALTUS RUGA (bosque con ruda, bosque con fuente y con arroyo). De *soto / sota, a santa*, hay sólo un paso fónico. La santificación esperable en su tiempo.

*19. Y los lugares malos: Los diablos, el diañu... Los lugares infernales del terreno... El Saltu'l Diablo, El Canalón del Diablo, El Canalón del Infierno, El Mayor Infierno...*

Función didáctica muy preventiva debió tener en su tiempo todo un campo de palabras del suelo con las que los lugareños, bien conocedores del terreno, iban advirtiendo a los más jóvenes de los riesgos que suponía seguir una senda u otra en las montañas, por muy golo-

sa o placentera que pudiera ofrecerse a la vista. Los lugares peligrosos se señalaban como malos; los seguros, como buenos. Los unos, presididos por el diablo; los otros bajo la mirada protectores de los dioses, las diosas, los santos y las santas, los ángeles...

Las leyendas del *diãnu* debían tener funciones moralizantes también. De hecho, los vecinos y vecinas mayores del Quempu (Tuíza, Lena), a pocos metros del Seltu'l Diablo, recuerdan en la capilla la imagen tallada en madera de un diablo con cuernos retorcidos de castrón: estuvo siempre colocada a la entrada de la capilla actual, en una gran pila de bautismo, tallada en piedra *toba* (piedra *toa*), que allí se conserva hoy. Dicen estos vecinos que, hace unos años, la llevó un cura para restaurarla, y ya no volvió más a la capilla. No recuerdan la imagen más que en aquel rincón, sin otras atenciones en la iglesia. Tampoco saben de dónde vino.

Pero la imagen de un diablo en una iglesia, su función didáctica habría de tener. Por ejemplo, en el caso de la Leyenda del Seltu'l Diablo tuizana, advertir a los jóvenes, a los maridos..., del cuidado de divertirse hasta un límite, pero sin rebasarlo; de esta manera, al volver tarde a casa y tal vez borracho, no se encontrara con el diablo, que le detuviera y le tentara con caprichos golosos, hasta el límite de poner en peligro su propia salud o integridad física. Como norma, nunca ocurre nada, pero antes de llegar a casa, el jovenzuelo o el marido que trasnocha y fuera borracho, podría llevar un gran susto en el encuentro con el diablo.

*Alguna moraleja pretendían estos supuestos encuentros con el diablo*

Dice la leyenda citada del Seltu'l Diablo:

Una noche de luna llena un paisano de Tuíza subía ya casi de madrugada por el camino antiguo (carretera asfaltada hoy), después de haber pasado parte de la noche de juerga en alguna fiesta de los pueblos fonderos. Al llegar al promontorio del saliente rocoso, se sentó en el pequeño rellano que mira al vacío, tal vez por descansar en la subida. O tal vez se adormeció por descargar un poco la cabeza, aún revoloteando en el recuerdo y los efectos de algún vaso de buen vino, saboreado más veces de las necesarias para una andadura sin problemas, entre tantas curvas del camino y precipicios sobre el río Güerna en estos altos. De esta forma, pasada la borrachera, evitaría también la reprimenda o la escoba de la *muyer* nada más aparecer por la puerta de la casa.

En un momento de lucidez mayor -dice la leyenda-, el paisano abrió los ojos y vio ante sí mismo un gran castrón (macho cabrío) que lo contemplaba con toda guasa, y moviendo la cola con gran animación. Entonces escucha que el castrón le dice:

- *Oye, paisano, tú que conoces tan bien el terreno y pareces tan fuerte, ¿por qué no apuestas conmigo a ver quién salta más lejos desde esta peña a la otra que está enfrente?*

Entonces, el paisano, sin saber muy bien si lo estaba viendo con sus propios *güeyos* o soñando, se quedó tan confuso que no le pudo *gorgutar* palabra. El castrón, siguiendo con la misma mofa, le dijo entonces:

- *Pues da lo mismo, si tú no quieres saltar, salto yo: mira y aprende.*

En ese momento, el misterioso castrón cogió un poco de carrera, levantó la cola, dio un gran brinco sobre sus patas traseras, y desapareció en medio de la noche a la luz de la luna. Muy aturdido el paisano, le vino a la mente que el castrón tenía la cola demasiado grande para ser castrón, y sólo pudo abrir los labios para balbucear tartamudeando en el silencio de aquellas peñas:

- *"¡Qué cabrón más raru... Y hasta habla y too!"*

Termina la leyenda diciendo que del cabrón, nadie más vio ni rastros entre aquellas peñas, ni al uno ni al otro lado del río. Y del paisano, tampoco se supo más de lo que le habría ocurrido, sobre todo, después de llegar tan de madrugada a casa, y de intentar convencer con la historia a la *muyer*... Tal vez, otra versión más del Diablu Burlón, tan frecuente en la mitología asturiana, desarrollada y apoyada por el pueblo y por las propias instituciones sociales, como un aspecto más de la cultura de los pueblos a falta de escuelas y libros más generalizados, al alcance de todos y todas. Habría que completar las leyendas con tantas otras referencias a lugares buenos o menos malos: El Purgaturiu, la Cueva'l Purgaturiu, El Preu'l Cielo... Nos llevarían muy lejos ahora.

### Conclusiones

- a) *Las fuerzas de la naturaleza divinizadas con un nombre.* En esa lectura del paisaje mitológico y cultural asturiano, da la impresión que las necesidades más inmediatas para la subsistencia diaria (frutos, caza, agua, salud...), los pobladores en cada tiempo las fueron convirtiendo en fuerzas personificadas de la Naturaleza. Y, tras un proceso lógico de reinterpretación cultural, las fueron transfigurando en ritos y en cultos, en deidades a quienes adorar para tener contentas, de forma que siguieran siendo propicias a los humanos. Así se fue construyendo todo un lenguaje mitológico y toponímico, que describe las preocupaciones más cotidianas de los habitantes de estas montañas desde remotas culturas indoeuropeas.
- b) Buena parte del lenguaje toponímico procede, en consecuencia, de la santificación del suelo: a las cualidades naturales del territorio ocupado se les daba una explicación religiosa, transformadas muchas veces en nombres de lugar. Quedan nombres tan expresivos como el río Santagustia (en Ponga): el simple bosque (soto) de la angostura. Santarúa / Santarrúa (fuente muy apreciada de Candás), tal vez por las buenas aguas del arroyo y de la fuente; o por las cualidades muy estimadas de la planta *rúa* (la ruda).
- c) Culminan el proceso, casos extremos como La Virgen de los Afanes (en Llanera), tal vez a partir, sin más, de unas simples *fanes* asturianas: últimas pendientes cultivables a la falda de un monte más estéril para los sembrados. O la creación última de un San Vicente, para la romería anual de La Veiga Vicenturo (braña tevergana) sobre Taxa y Urria; en la etimología, tal vez, una vega buena en un alto, sin más

d) *Toda una didáctica calculada traducida a los nombres más fantásticos de un contorno*

El lenguaje de las leyendas y los mitos tiene otras funciones también en el uso asturiano más familiar. Es el caso de tantas otras formas de advertir, prevenir, asustar..., a los más pequeños sobre todo: *l'home del saco, el sacaúntos, el pínfanu, el papo, el bi-charrachu, el apabardietsu, el cordobeyu, el busgosu...* Formas para hacer que los más pequeños no se alejaran demasiado del pueblo, que no se arriesgaran en bosques y matorrales espesos en busca de aventuras, que no se adentraran demasiado a pescar en las corrientes de los ríos... O que comieran lo que les echaban en el *platu*, que se fueran a la cama pronto, que no despertaran por la noche, que fueran buenos, si no los llevaba algún mal bicho siempre merodeando por las noches entre las sombras del pueblo...

- e) En realidad, una didáctica *holotrópica*: *holos* (totalidad), *tropein* (movimiento). El movimiento de la totalidad: todos los recursos del entorno al servicio de la unidad, todo un lenguaje del suelo para mantener sano al individuo, a la familia, al poblamiento. Para poder sobrevivir física y síquicamente en cada tiempo. Y, por supuesto, para seguir integrando, ilusionando, controlando, a todos y a todas, ya desde bien pequeños. En el origen de casi todo, suele estar la palabra: oral, literaria, en este caso, alimentada por el fuego desde que llegó al hogar, al entrañable y cálido *llar* del suelo.

20.

<i>Interpretación oral del paisaje: las creencias legendarias</i>		
<i>léxico</i>	<i>topónimos</i>	<i>entorno</i>
1. <i>alimentos, árboles</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>L'Arcenoriu</i></li> <li>• <i>La Virgen del Acebu, Fresnu</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• arbolado, boscajes</li> <li>• muchas imágenes en los frutales</li> </ul>
2. <i>bosques divinizados</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>Lugo, Lugones</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• bosques, selvas</li> </ul>
3. <i>ayalgas, chalgas, gacetas</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>La Chalga</i></li> <li>• <i>La Yalga</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• pozos en peñas, cuevas</li> </ul>
4. <i>oro, tesoros</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>El Colláu l'Oro</i></li> <li>• <i>Las Minas de Oro</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• peñas con vetas amarillentas</li> </ul>
5. <i>moros</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>El Picu Moros, Cuamoros</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• lugares estratégicos, picos divisorios, morros salientes</li> </ul>
6. <i>cuevas</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>Covadonga</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• lugares misteriosos</li> </ul>
7. <i>castillos, castiechos, castros</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>El Castiellu, Castrillón, El Castión</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• lugares escarpados, fortificaciones naturales, restos de murias antiguas</li> </ul>
8. <i>reyes y reinas</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>Fuente la Reina</i> (<i>El Mirador de la Reina</i>)</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• ríos, angosturas prerr. *rek- ('valle'), analógico</li> </ul>
	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>La Vega'l Rey</i> <i>Peña Rey</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• ríos, regueros, angosturas</li> <li>• prerr. *rek- ('valle')</li> </ul>
9. <i>cruces, crucinas..., y ciegos</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>La Cruz del Ciegu,</i> <i>La Vega'l Ciegu, Valdiciego</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• lugares semiocultos al paso de los caminos por el valle lat. <i>caecum</i> (ciego), sin vista</li> </ul>
10. <i>cuélebres, culiebras</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>La Fuente la Culiebra</i> <i>Culebreiru, Culubréu</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• lugares soleados, orientados al este, al sureste...</li> </ul>
11. <i>lobos, hombre-lobo</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>El Pozu los Chobos</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• pozos lobales, pozos <i>choberos</i></li> </ul>
12. <i>aguas, fuentes</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>Las Xanas</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• lugares de paso</li> </ul>
13. <i>pozos, simas</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>El Puzu la Vachota,</i> <i>El Pozu la Nieve</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• pozos profundos</li> </ul>
14. <i>hombres</i> <i>homes</i> <i>homones</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>L'Ombriichu</i> <i>La Pena l'Ombre</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• lat. <i>umbram</i> ('sombra')</li> </ul>
	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>La Pena l'Home,</i> <i>El Picu'l Paisano</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• lugares que dan sombra a las 12 por el sol (el mediodía) en verano</li> </ul>
	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>L'Homón de Faro</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• El <i>Mon(te)</i> de Faro</li> </ul>
15. <i>muyeres</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>El Pozu las Muyeres Muertas</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• peñas que se deshacen, piedra <i>mu-tsar</i> (cuarcita, oxiza...).</li> </ul>
16. <i>toros, gües, bueyes</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>Güeymuertu, Vicenturo</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• prerr. *twr- (altura)</li> </ul>
17. <i>xuegos</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>El Xugu la Bola</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• el ocio en la braña</li> </ul>
18. <i>xanas</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>El Desfiladeru Les Xanes</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• lugares boscosos, precipicios lat. <i>Diana</i> (diosa de la caza)</li> </ul>
19. <i>el diañu, los diablos, l'infierno</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• <i>El Seltu'l Diablo</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• lugares malos, precipicios</li> </ul>

*Más información sobre estos temas:*

CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio (2007). *Diccionario etimológico de toponimia asturiana*. KRK Ediciones. Oviedo.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Joaquín. (1995). *Curanderos y santos sanadores. Aspectos de la medicina popular en Asturias*. Ed. GEA. Anaquel. Oviedo.

FERNÁNDEZ – TRESGUERRES, J. A., BLAS CORTINA, Miguel Ángel y otros (2010). *Cobre y oro. Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua*. Real Instituto de Estudios Asturianos. Principado de Asturias.

MARTÍNEZ VEGA, Andrés (2011). *Monasterios Medievales Asturianos*. Cajastur. Oviedo.

ROMERO, Fernando (2004). *El oro en Asturias*. Ediciones Madú. Siero.

SUÁREZ LÓPEZ, Jesús (2001) *Tesoros, ayalgas y chalgueiros. La fiebre del oro en Asturias*. Edita Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular. Ayuntamiento de Gijón.

Xulio Concepción Suárez